



están entre nosotros

chuk donovan



CHUCK DONOVAN

ESTÁN ENTRE NOSOTROS

Colección
ESPACIO
EL MUNDO FUTURO Nº 389

CAPÍTULO PRIMERO
ESPÍA EN LA TIERRA

«El Zehit» andaba entre los demás transeúntes. Al llegar a la esquina, se detuvo como todos ellos esperando la luz de señalización verde dando la señal de paso a los peatones. Era uno más entre ellos.

En nada se diferenciaba en sus características generales. Sólo, quizá, para un observador atento, en su andar blandamente rítmico y pausado, medido y en la poca expresividad de sus movimientos.

Se encendió la luz verde en el semáforo.

Como galgos esperando la señal indicadora, los ciudadanos avanzaron llenando totalmente la franja de paso, a la vez que el río de chatarra reluciente frenaba sus rodados.

Arriba, en las testas de cemento de los grandes y colosales edificios, cada cúspide de cemento tenía un ojo vigilante: la esfera de un reloj con su pupila blanca y alrededor las pestañas de su numeración marcando el ritmo de la prisa del mundo. La luz volvió a cambiar; inmediatamente, el río humano fue cegado y de nuevo el interminable caudal de coches con sus espaldas bajas y lucientes reanudó su curso.

«El Zehit» iba entre los demás ciudadanos como un empleado más a la salida de sus oficinas. Dos alegres muchachas andaban a su lado hablando y riendo. Pareció insensible a la espontánea vivacidad de las dos chicas que se le adelantaron con sus pasos menudos y decididos.

Ni siquiera las vio. Desde detrás de los círculos de sus gafas oscuras miraba hacia dentro de él, computando las señales que recibía su cerebro. Era, externamente, un hombre como otro cualquiera; estatura más bien alto, los rasgos de su rostro correctos; fríamente correctos.

Lo único anormal eran sus ojos ciegos. Los ojos también iguales a los de los hombres, la misma humedad lacrimal y el brillo de la pupila que, sin embargo, no captaba nada más que a otro ser afín a su naturaleza artificial, con la ayuda de las gafas.

Porque el sentido de la vista no estaba en sus pupilas brillantes y aceradas sino en el entrecejo, en la conjunción de los arcos sedosos de las cejas, en donde la simulación de una diminuta peca ocultaba

el «ojo televisivo» y el transmisor.

Pero las gafas le permitían identificar y reconocer a los otros «Extraños» en la Tierra, enviados como él en misiones de información y servicio.

La célula captadora de sus pupilas aceradas recogían a través de los filtros de los lentes espaciales de las gafas la verdadera *forma* de los otros enviados y, al reconocerlos, entrar en tratos con ellos, o evitarlos.

Notó que el «seleccionador de sonidos» aumentaba dolorosamente de tensión en sus oídos y rápidamente lo reguló mediante la ligera presión del lóbulo de su oreja izquierda. Le resultaban insoportables las vibraciones sonoras, superiores a las delicadas circunvalaciones electrónicas de su cerebro. En cierta ocasión, en que sufrió una pequeña anomalía fugitiva, los ruidos normales de la calle estuvieron a punto de volverle loco de dolor. Tuvo que cerrar la conexión auditiva y quedar totalmente sordo hasta que se hubo librado de la alta frecuencia.

Se detuvo en el borde amplio que formaba el acerado alrededor del jardín público y enfocó su mirada monocular, primero en una vista en panorámica general del parque de recreo y luego en todos sus pormenores.

Los chiquillos corrían y jugaban en los aparatos móviles y gimnásticos de las bandejas de arena para amortiguar los posibles golpes y caídas. En un pequeño estanque artificial un pequeño cambiaba velocidades a una diminuta embarcación dirigida a distancia y una niña, a su lado, seguía con gran interés las evoluciones del diminuto submarino atómico, en el agua del estanque.

La minicámara televisiva que le servía de ojo fue recogiendo todos los pormenores, registrándolos en su archivo monotécnico y a la vez retransmitiéndolos a «la Mente» que le dictaba órdenes.

Entonces en la cavidad craneana de «El Extraño» vibró la luz roja microscópica de la orden estímulo traducida en los signos de la cinta grabadora:

—«La Mente» ordena. Compre el periódico e infórmese de noticias extrañas en las secciones de «Misceláneas del Mundo». Tenemos referencia de que «Los Otros» han llegado a la Tierra para protegerla. «La Mente» ha ordenado. Obedece.

«El Zehit» acusó la percepción de la orden con la respuesta de rigor:

—Obedezco a «La Mente».

El estímulo cesó. La cinta de la grabadora volvió a circular borrando los signos impresos anteriormente y de nuevo su pista quedó limpia para un nuevo llamado. La memoria sólo retenía datos seleccionados automáticamente como útiles para ulteriores necesidades.

«El Zehit» enfocó el objetivo de su ojo televisivo de la frente al quiosco de helados y revistas multicolores.

Se dirigió hacia él. Miró los periódicos ordenados en tres pilas.

El vendedor estaba sirviendo a un niño pelirrojo que había pedido un helado de fruta.

Tomó uno de los ejemplares y luego dejó su precio sobre el montón de periódicos. Su memoria electrónica repitió:

—«Miscelánea del Mundo», sección de noticias insólitas. Página doce.

Abrió el periódico y localizó la sección. Dobló el ejemplar para poder leer más cómodamente. Y entonces oyó la voz y la pregunta:

—¡Hola! ¿Te gusta el helado de fruta?

Encaró las gafas hacia el niño; pero fue el objetivo de entre las cejas, en su frente, el que captó la imagen de la criatura humana y sonriente que le hablaba.

Un niño de nueve años. Cara de pecas y pelirrojo con los ojos azules y vivaces. Estaba aguardando su respuesta mientras golosamente se relamía de la pasta helada que se derramaba por la comisura de sus labios.

El montaje de «El Zehit» estaba condicionado para la convivencia simulada entre los humanos. La orden era simple: cortesía y simulación constante, para no infundir sospechas.

La voz del niño volvía a la carga:

—¿Te gusta o no te gusta?

La voz robótica contestó suave:

—¿Cómo te llamas?

El chiquillo contestó inflexible:

—Todavía no me has dicho si te agradan los helados de fruta.

«El Zehit» repuso monótonamente:

—Sí. Me gustan.

El chiquillo sonrió complacido y declaró:

—Nunca he dado con uno que dijera que no le gustan los helados. Acércate. Yo no llego a tu altura, hombre. Achícate.

En el interior de «El Zehit» vibró el estímulo de obediencia establecido.

Mecánicamente se inclinó hacia el niño.

—¡Más, hombre! ¡Pareces una máquina! ¿O es que tienes reumatismo?

Se inclinó hasta casi la altura del chiquillo, respondiendo con una de las contestaciones más profundamente grabadas en su personalidad artificial:

—Soy un hombre. Soy un ser humano como otro cualquiera.

—Está bien. Pero no eres un niño.

De súbito, los ojos del niño se quedaron fijos con creciente curiosidad en el rostro de «El Zehit». Había algo de raro en la cara aquella. Su cutis tenía la artificial tersura de la piel de las frutas de plástico que se vendían en los comercios. Tenía un color de cutis como otra cara cualquiera perfectamente rasurada por la maquinilla de afeitar eléctrica; pero, sin embargo, carecía del brillo del sudor emanado de la piel o de la sequedad de la misma. Había algo indefinible e imposible de concretar para el pequeño, pero que notaba peculiarmente extraño.

Se quedó mirando la peca del entrecejo y de pronto le pareció que en el centro de la misma centelleaba como la cabeza acerada de una aguja.

—¿Qué estás mirando, niño?

—Nada. ¿Quieres un poco de helado?

—¡No!

—Dijiste que te gustaba, ¿no?

—¡Sí!

—Entonces toma un poco. Oye, ¿qué es esto que brilla como una aguja entre tus ojos?

La pregunta pinchó en la sensibilidad eléctrica del robot. En su cerebro relampagueó insistente el alambre luminoso al rojo vivo. ¡La señal de peligro había sido dada! Las medidas de defensa y agresión estuvieron al punto dispuestas. Las manos de «El Zehit» alargaron sus dedos con ocultas articulaciones de acero hacia el pequeño. De cada uña creció debajo de esta otra uña afilada como

una hoja de afeitar.

Un ramalazo de terror desmesuró los ojos del niño; el helado cayó de sus dedos y en un gesto de miedo braceó dando involuntariamente en el lóbulo de la oreja izquierda de «El Zehit». La conexión auditiva, casual, providencialmente para el pequeño, quedó totalmente abierta.

Las manos de «El Zehit» se levantaron como él tensado de dolor. Los ruidos del mundo entraron brutalmente aumentados por sus oídos. Lo mismo que si, de improviso, miles de explosiones estallaran dentro de su cabeza. Con gesto enloquecido de dolor se llevó los dedos a las orejas y, en el torpe ademán, una de las manos tropezó con la montura de las gafas y las soltó de las orejas.

Las gafas cayeron al suelo a los pies del niño que había quedado inmovilizado de terror, pues, al mismo tiempo, había soltado un grito horrible inarticulado como el vozarrón de un altavoz que retransmite el solo de una canción en un disco rayado.

—¡AAAAAAAAAAH!

El chiquillo, imprevistamente, recogió las gafas y retrocedió unos pasos con ellas en las manos.

Todos los rostros se habían vuelto hacia aquel punto del quiosco de helados y revistas, de donde el terrible grito inhumano había brotado. Todos los niños habían suspendido sus juegos, como si de pronto lo irreal, lo monstruoso, hubiese hecho aparición y circulara entre los humanos sin que ellos ni siquiera lo sospecharan. Porque aquel grito, aquella modulación de voz, tenía una vibración de sonido sin entraña humana.

El dueño del quiosco se quedó inmovilizado mirando como «El Zehit», contorsionándose, se esforzaba con lentos movimientos, en llevarse los dedos a las orejas y no cesaba de dar alaridos. Al fin, consiguió, en su desconcierto, presionar el regulador del lóbulo. El ruido ensordecedor amplificado dentro de su cabeza cesó al punto.

Se quedó inmóvil, fijo y plantado con una erección mecánica. Dentro de su montaje el alambre encarnado brillaba al rojo persistiendo el signo de extremado peligro; la bobina de la grabadora pasaba veloz repitiendo una y otra vez la señal de emergencia:

—¡Peligro! ¡Peligro! ¡Peligro! ¡Recobra las gafas de reconocimiento! ¡Recobra las gafas! ¡Si pasan a otras manos

acabarán por sospechar de la presencia de «El Zehit» en la Tierra y todos los servicios de protección mundial se pondrán en movimiento para localizarte y descubrirte!

Miró adelante con el objetivo monocular del ojo de su frente. Pero el niño había desaparecido. En tierra, sólo quedaban los restos del helado deshaciéndose.

El tercer ojo televisivo enfocó en una fracción todo el campo de juegos y localizó sus ocupantes uno a uno. Todos estaban estáticos mirándole de lejos y de cerca. Y entonces vio al niño que corría.

Y en sus manos llevaba las gafas.

Las misteriosas gafas de «El Zehit».

Automáticamente, olvidado de toda simulación, emprendió la carrera en su persecución.

Un hombre quiso obstaculizarle el paso, gritando:

—¡Es un niño! ¿Qué va usted hacer?

La respuesta fue el empujón brutal del extraño dado con una de sus manos. Le alcanzó en el cuello. El hombre rodó a tierra como un pelele.

En su garganta quedaron los cortes de navaja de las uñas de la mano del robot. Estaba muerto.

Uno de los guardias del jardín empezó a tocar el silbato de alarma, pero «El Zehit» salía ya por el otro lado del jardín en su veloz carrera en persecución del niño.

Su ojo televisivo giró captando el panorama urbano que desde aquel punto se le enfrentaba. Vio el puente de hierro y por su escalera al chiquillo que, jadeante, ascendía veloz hacia el segundo amplio rellano.

Y entonces, de súbito, le vio detenerse. Se abocó sobre la baranda de la escalera y miró hacia él. Le vio llevarse las gafas a los ojos y mirarle desde arriba con ellas puestas.

En el cerebro de «El Zehit» el timbre de alarma agudizó todas sus posibilidades. La cinta de la diminuta grabadora volvió a repetir monótona e insistentemente:

—Me han descubierto. Un niño tiene mis gafas. Me ha mirado por ellas. Estoy descubierto. Espero órdenes de «La Mente».

Mientras «El Zehit» corría ya escalera arriba, la cinta magnetofónica volvió a girar respondiendo:

—«La Mente» ordena: extermina a la criatura humana y recobra

las gafas antes de que pueda revelar la verdad sobre ellas. «La Mente» ordena: ¡mátale!

«El Zehit» subía a largas zancadas e infatigable como siempre más allá del cansancio, por la larga escalera que conducía al paso del puente de hierro. Respondió sin despegar los labios de su máscara de plástico:

—Obedeceré a «La Mente».

En el aire, en aquellos momentos, ulularon los alaridos de las primeras sirenas policiales.

Ya el niño pelirrojo corría y corría más por el largo paso del puente. Volvió el rostro sobre el hombro y vio detrás, acercándose, a «El Zehit».

Abajo, el coche patrullero se detuvo con un frenazo brusco.

Las portezuelas se abrieron escupiendo a los guardias. Uno indicando hacia arriba del puente donde las dos figuras corrían una en pos de la primera, gritó:

—¡Allí va!

Un hombre sin uniforme se lanzó escalera arriba, seguido de los policías y chillando:

—¡Es mi hijo! ¡Y quiere asesinarle! ¡Dispárenle!

Abajo, se había quedado uno de los guardias con el «colt» en una mano. Levantó el arma buscando con la punta del revólver la figura del «Zehit».

Chilló de nuevo:

—¡Deténgase!

Pero el «Zehit» seguía corriendo tras el niño dándole casi alcance; acortando la distancia. Los guardias, con el hombre de paisano, ya estaban llegando al rellano superior.

El que había dado la voz apretó el gatillo disparando como toque de atención, al aire. El estampido pareció sorprender al «Zehit».

El minúsculo dictáfono de su interior acusó la detonación retransmitiéndolo a los mecanismos electrónicos. La luz del hilo se volvió incandescente y la bobina cantó:

—¡Peligro, «Zehit»! ¡Peligro! ¡Frena y elimínalos!

Se detuvo y les dio cara. Se plantó en el centro de la calzada. Un coche se acercaba por el centro con su morro plateado y brillante y baja su carrocería como una zapatilla de comodidad para los que

iban en él.

La figura del «Zehit» se hallaba cerrando el paso al vehículo.

El conductor presionó el claxon para evitar la embestida. Otro coche que iba detrás aminoró prudencialmente la marcha y le orilló.

Pero entonces ocurrió algo imprevisto.

El «Zehit» esgrimió un pequeño tubo plateado y lo enfocó como una linterna hacia el coche presionando un botón lateral.

Brotó un chispazo en zigzag, que chocó contra el coche. Sonó una explosión y el coche se convirtió en un penacho de materia desintegrada. Una nube roja y cálida que tiró de espaldas a los guardias. La radiación les había alcanzado dejándoles convertidos en meras manchas, que fueron desapareciendo en el asfalto del pavimento.

El segundo vehículo frenó violentamente. Sus ocupantes saltaron del interior y desaparecieron alocados abandonándolo.

Desde abajo del puente, el único guardia que quedaba se quedó inmovilizado por la estupefacción. De pronto, reaccionando se lanzó dentro del coche policial y sacó el fusil ametrallador. Rápido lo encaró hacia arriba donde se recortaba inmovilizada la figura del «Zehit». Apretó el gatillo lanzando contra él la ráfaga de plomo certeramente.

El tecleteo del arma automática desvió la atención del «Zehit». Las balas silbaron cerca de él y uno de los plomos trazó una hendidura de soslayo en el mentón. Quedó marcado el trozo en la materia sintética profundamente, pero no brotó ni una sola gota de sangre. Sin embargo, la sensación del riesgo que corría su integridad vibró en sus mecanismos internos.

Giró con el cilindro destructor en su mano enfocando hacia abajo desde el barandal. Pero entonces la bobina del magnetófono giró repitiendo:

—¡El niño! ¡El niño escapa con las gafas! ¡Elimínalo y recóbralas antes de que sea tarde! ¡«La Mente» te lo ordena! ¡Elimínalo!

Pero el chiquillo había alcanzado el final del puente y empezaba a descender las escaleras laterales que orillaban el tránsito de vehículos ahora detenido.

Sólo quedaba en la calzada del puente el coche abandonado por sus ocupantes. El hombre de paisano no había sido alcanzado por el

abanico de las ondas desintegradoras y mudo de espanto había contemplado la espantosa desaparición orgánica de los cuatro guardias.

Sin embargo, por encima de su miedo físico, se imponía su amor paterno. Su mente trabajó con rapidez. Corrió hacia el coche y lo puso en marcha, presionando el acelerador y lanzándolo contra la figura del «Zehit», que, al ruido, se había vuelto contra él.

Ni siquiera tuvo tiempo de levantar el cilindro de la mano para enfocar el auto. Éste se le echó encima y uno de las parabarros le tiró de costado a un lado del pasillo metálico del puente. El coche voló rápido hacia el otro extremo del puente. Frenó de súbito y el conductor saltó por la portezuela precipitándose escaleras abajo, gritando:

—¡Johnny! ¡Espera, Johnny, hijo! ¡Espera!

El chiquillo, aterrado por efecto del espanto que le dominaba, ni siquiera pareció oírle. Siguió descendiendo. Pero las fuerzas se le habían agotado. Las rodillas le fallaron flojas y el pie derecho no halló la superficie del peldaño. Se precipitó rodando escaleras abajo y escaparon de su mano, las gafas cayendo por entre la separación de los escalones hasta la planta del puente donde estaba la papelera metálica.

Las gafas cayeron entre los papeles de la cesta.

El cuerpo del chiquillo rodó volteado hasta el descansillo del primer rellano.

El hombre, alcanzando el rellano en su loca carrera, gritó angustiado:

—¡Johnny! ¡Hijo, estoy contigo!

Y se arrodilló junto al niño ovillado sobre la plancha metálica replegado sobre sí mismo como queriendo huir de todo aquel terror cerrando los ojos frenéticamente. A la voz del hombre abrió los párpados y reconociéndole exclamó:

—¡Papá!

Jadeando, le respondió:

—¡Vámonos pronto, hijo! Te llevaré en brazos.

Se dispuso a recogerlo y fue entonces cuando los pasos bajando la escalera sonaron rápidos, breves pero seguros e implacables.

El padre del muchacho volvió con furor la cabeza sobre el hombro.

Y vio al «Zehit» que bajaba a toda prisa empuñando el cilindro desintegrador.

El hombre se puso en pie tensándose todo él en una fiera determinación. No quedaba tiempo para la huida, ni tampoco para el socorro alguno. Por todas partes el aire empezó a desgarrarse a los zumbidos de las sirenas policiales que acudían. Pero no llegarían a tiempo para salvarles de la muerte.

De repente, el hombre dio la espalda al niño, gritándole:

—¡Sálvate tú, Johnny!

Y se lanzó escaleras arriba al encuentro del «Zehit» para ofrecerle el débil obstáculo de su cuerpo y dar tiempo al niño a que se salvara.

El «Zehit», al verle subir a su encuentro determinadamente, se detuvo indeciso. En su cerebro electrónico se barajaron la pregunta y la respuesta inmediata:

—¿Qué hago?

«La Mente», respondió breve:

—¡Extermínale! «La Mente» te lo ordena, «Zehit». Pero sin el cilindro. Luego huye y escabúllete.

El hombre seguía subiendo con paso decidido a su encuentro. Cada vez estaba más cerca del «Zehit» detenido y perniabierto en los peldaños.

Por todas partes hendían el aire los alaridos de las sirenas. El tercer ojo del «Zehit» captó en panorámica toda la planta del puente y sus alrededores. Más de una docena de coches policiales se habían detenido y sus ocupantes se desparramaban para su captura sin dejarle lugar para la huida.

El grito del niño sonó más alto que las sirenas de los coches:

—¡No vayas a él, papá! ¡No vayas! ¡Es un monstruo! ¡Es un extraterrestre! ¡No vayas! ¡Retrocede! ¡Te matará!

El hombre se paró en su ascensión. Giró sobre sí mismo y agitando los brazos desesperadamente, chilló ordenando al niño:

—¡Huye tú, Johnny! ¡Huye tú! ¡Y sálvate! ¡Te lo mando! ¡Soy tu padre! ¡Te lo mando! ¡Sálvate!

Fue lo último que dijo, porque en aquel momento, la zarpa del «Zehit» cayó sobre su nuca girando en arco alrededor del cuello, con las cinco uñas asomadas en su corte de navaja. El infeliz rodó como un pelele por la escalera.

El pequeño Johnny, afortunadamente, no había visto la agresión. Había vuelto la espalda y, obedeciendo la orden de su padre, bajaba sollozando y aterrado los últimos escalones en el mismo instante en que caía en brazos de uno de los guardias que armados de metralletas ascendían por la escalera con los dedos en los gatillos.

El sargento, mandó siguiendo a los anteriores:

—Llévenlo a la ambulancia y a toda prisa al hospital. Sufre una crisis nerviosa. Ha sido un horrible «shock».

Se lanzó escaleras arriba. En lo alto, en el segundo rellano, el «Zehit» aguardaba a unos pasos del hombre que terminaba de aniquilar. Esta vez tenía el cilindro en la mano y estaba como alertado mirando con sus pupilas color de acero, pero sin ver a los que subían a por él. Era su ojo televisivo quien captaba a la media docena de guardias que subían como canes deseosos de clavarle sus colmillos de plomo.

El «Zehit», volvió a consultar:

—«Aquí «Zehit». Suben media docena de humanos para destruirme. Voy a usar el cilindro desintegrador contra ellos. ¿Puedo?»

La voz de «La Mente», se decidió rodando la bobina:

—«Puedes. Bórralos y aprovecha para escamotearte. Volverás luego por las gafas. No pueden estar lejos de aquí. El niño no las llevaba consigo. Obedece a «La Mente».

El «Zehit» levantó la mano empuñando en ella el cilindro metálico. El objetivo de su tercer ojo encajó a los seis hombres que deteniéndose en los peldaños enfocaban las metralletas hacia él.

Empezaron a tecletear las armas. Pero súbitamente, de la mano del «Zehit» brotó la descarga desintegradora y se condensó toda en el grupo de hombres. Sonó la explosión desociativa; se produjo una concentración de calor que se revolvió formando una corriente de aire en embudo ascendente como una tromba marina. Un hongo reducido de polvillo orgánico se convirtió en un geiser instantáneo y poco a poco después de la vibración que borró la visualidad de las cosas tornó a concretarse la realidad material de los cuerpos.

La escalera parecía sin nadie.

Los seis guardias, con sus uniformes y sus metralletas habían sido borrados por la explosión. No quedaba de ellos si señales de su

existencia.

El «Zehit», aprovechando la confusión y el estupor causado por la descarga desintegradora, se había alejado del puente mezclándose entre los curiosos; la policía, precavidamente, acordonaba a distancia el lugar de los hechos y los periodistas y reporteros gráficos pretendían avanzar en enjambre hacia la escalera del puente.

«El Zehit» había desaparecido definitivamente.

Sólo un niño podía dar detalles concretos de sus características y dar a la policía los pormenores necesarios para la construcción de una foto «robot».

Sólo un niño.

Pero estaba inconsciente por el impacto psicológico recibido en una habitación aislada del «Hospital Kennedy».

Era él quien estaba en el secreto de que seres extraños a la Tierra estaban entre nosotros.

CAPÍTULO II
¡ELLOS!

El «Zehit» se metió en el interior de la cabina telefónica y marcó en el dial.

Escuchó la conexión y luego dijo:

—¿«Neston»? Habla «Zehit».

Y la respuesta al otro lado de la comunicación, breve y megafónica:

—Sí. Aquí «Neston». Te escucho, «Zehit».

El «Zehit» habló concreto:

—Ven. Estaré en mi habitación del hotel esperándote.

—En seguida voy. Cuelgo.

—Vale.

Colgó y salió de la cabina. Miró girando lentamente la cabeza. En realidad, era tan sólo sus ojos televisivos que giraban el objetivo, registrando los pormenores que retransmitía a su cerebro y conmutador de infratransistores.

Ya estaba alejado del puente, pero, sin embargo, las consecuencias de lo ocurrido en él se advertía en la animación del tránsito rodado que, a ojos vista, se dirigía hacia el lugar de los

hechos; atraídos los conductores por la morbosa curiosidad de contemplar lo que escapaba a los moldes comprensivos de la mente humana.

La noticia había corrido velozmente por todo Washington, agrandándose y deformándose de una manera inverosímil.

El «Zehit» prosiguió su camino hacia la habitación mediocre en el hotel que residía.

Al doblar la esquina adquirió un nuevo ejemplar de periódico para consultar en sus páginas, la «Miscelánea del Mundo» las noticias insólitas tal como se le tenía ordenado. Echó una ojeada superficial y dobló de nuevo el periódico. En su mente, un estímulo frustrado insistía repitiéndole el fallo sufrido que había dado lugar a una evidente anormalidad en su conducta.

—¡Las gafas de reconocimiento! ¡Las gafas de identificación ajena! ¡Sin ellas estoy totalmente perdido! ¡«La Mente» me las exigirá contra mi destrucción!

El «Zehit» empujó la puerta y entró en el hotelucho. Desde detrás del mostrador el empleado levantó los ojos bajo la visera verde y, al reconocerle, le miró con indiferencia.

Pasó en silencio y como si no hubiese notado la presencia del empleado.

Le miró hoscamente, viéndole subir la estrecha escalerilla arrimada al muro. Era un tipo extraño, llevaba dos semanas en el hotel y apenas si había dicho alguna vez algo.

Ni siquiera había pedido en ninguna ocasión una botella de whisky, ni de leche; parecía un hombre con la boca perpetuamente seca. Le miró, mientras subía lentamente peldaño tras peldaño, con el periódico en una mano y la otra en el pasamanos de la escalera.

Los ojillos del empleado, de súbito, se prendieron con curiosidad en la mano aquella que no se acoplaba a la dureza del pasamano de madera barnizada. Singularmente, la mano resbalaba como un objeto duro y sin adherencia alguna sobre la madera; lo mismo que si fuera una mano artificial como había notado en varias ocasiones que lo hacía la de un mutilado de la lejana guerra de Corea que había sido ocupante de una de las habitaciones por espacio de un mes. Sí, aquella mano y la ortopédica del mutilado de la guerra de Corea, siendo distintas, una natural y la otra mecánica, guardaban, sin embargo, una semejanza como si ambas estuviesen faltas de

vida.

Le seguía mirando con obstinada y creciente curiosidad. Y entonces, el «Zehit» se detuvo en seco. Su mano se crispó en el pasamano furiosamente y las uñas infrapuestas a las exteriores asomaron sus cortes de navaja rasgando el barnizado de la madera.

La diminuta célula fotoeléctrica, sobrecubierta por la piel sintética, captó la insistencia de los ojos escudriñadores, retransmitiendo el aviso al cerebro y encendiendo el hilo capilar de la alarma en rojo.

La voz del «Zehit» observó en tono de irritación y censura amenazadora:

—¿Por qué me mira tanto?

Y volvió, sólo entonces, el rostro a medias sobre el hombro. Sus pupilas aceradas nada veían; sin embargo, el tercer ojo captó la imagen del rostro asombrado y perplejo del empleado dando con visible desconcierto la respuesta:

—¿Yo? Disculpe, señor Reinolds. No le miraba con malos ojos...

—¿No?

—Cierto.

—¿Pues...?

—Es que usted me ha recordado a otro cliente que estuvo en la guerra de Corea.

—¿Qué guerra?

El asombro volvió a pintarse en la cara del empleado. No pudo por menos como resultado de la increíble respuesta que prorrumpir en una risotada.

—¿Se ríe?

—¡Cómo no voy a reírme! ¿Es que hay algún norteamericano que ignore la guerra que tuvimos en Corea?

Se quedaron ambos mirando. Hubo un silencio. El «Zehit» confrontó en la brevedad de una fracción de segundo todas sus respuestas y preguntas, sin hallar en su computador nada que le diera idea sobre aquella guerra.

Cortó rápido:

—Esperaré una visita. En cuanto llegue preguntando por mí, indíquele la habitación. Adiós.

—Está bien, señor Reinolds. Descuide.

Siguió subiendo y él le siguió mirando con estupor. Pero el

mandato le sorprendió una vez más, haciéndole palidecer y hurtando la dirección de los ojos:

—¡Deje de mirarme, estúpido!

Le vio desaparecer al doblar el descanso del rellano.

El empleado quedó inmóvil, sin lograr explicarse aquella facultad del extraño huésped. De pronto, pasándose la mano por la frente en la que perlaba un sudor frío, echó mano al cajón, sacó la botella de whisky e ingirió un trago.

Volvió los ojos a la escalera y detuvo la atención en el pasamano. El barniz aparecía estropeado.

Abandonó la botella y subió sigilosamente los peldaños para examinar más detenidamente el deterioro.

El asombro y la incredulidad se pintaron en su rostro.

Lo mismo que a punta de cuchillo la madera aparecía cortada superficialmente con cinco cortes distintos. ¡Cinco! ¡Lo mismo que uñas tiene una mano!

Murmuró estremeciéndose:

—Pero una mano con tales uñas duras y afiladas como cuchillas ya no es una mano humana…, sino una zarpa. ¡Una zarpa!

Daba la espalda a la puerta de la calle y por este motivo no notó que se abría. Pero oyó la voz dulce y amable en la pregunta:

—¿El señor Reinolds, por favor?

Se volvió bruscamente y asustado con los ojos dilatados de un miedo inexplicable. Pero su mirada cambió de expresión, porque entonces vio a quién preguntaba por el misterioso huésped.

Y vio a la mujer esperando con la sonrisa en los labios su respuesta y mirándole con aquellos ojos tan azules y rientes como los labios jugosos y rojos mostrando los dientes blanquísimos.

La muchacha, repitió aclarando:

—El señor Reinolds espera mi visita. Soy la señorita Julia Neston.

—Sí, señorita. Perdone. No suelo tener visitantes tan agradables y su presencia me ha sorprendido. El señor Reinolds me ha dejado recado. Su habitación es la siete. Puede subir. Le aguarda.

—Gracias.

Se acercó a la escalera y empezó a subir los peldaños. El empleado daba la espalda al pasamano cubriendo lo que había estado observando y dejando paso a la muchacha.

Una hermosa muchacha valedera para un anuncio televisado anunciando el paraíso de Mahoma. Una escultura perfecta de euritmia, de contornos y cadencia de movimientos y de formas. Ni un ademán fuera de lugar; una armonía perfecta de pormenores y de conjunto. Notó su perfume y su sonrisa prisionera entre los labios.

Los ojos parecían intensamente vivos, como los de ciertas muñecas; su azul era deslumbrante y movió los párpados con una cierta femenina perplejidad al notarse observada como protegiéndose bajo las largas pestañas negras. Pero aquellos ojos parecieron resbalar sobre el rostro del empleado que, súbitamente, perdió el color y se quedó apoyado de espaldas a la baranda de la escalera porque había visto algo singularmente igual del rostro de la muchacha con el del enigmático ocupante de la habitación número siete.

Aquella muchacha tenía en la frente, casi entre los arcos superciliares de las cejas, una peca prodigiosamente parecida a la que tenía el señor Reinolds.

Una peca en la que brillaba de vez en cuando como la diminuta cabeza de un alfiler. Y entonces volvió la cabeza hacia arriba de la escalera y vio cómo la muchacha se había detenido en el rellano y desde allí le estaba observando.

Atolondradamente descendió los peldaños y se metió de nuevo detrás del mostrador de la conserjería.

Tomó asiento y por debajo de la visera de plástico verde notó que lo que la muchacha estaba mirando, sin duda alguna, eran las señales del pasamano de la escalera donde a su entrada le había sorprendido examinándolo.

La muchacha desapareció arriba del descansillo.

Sus pasos menudos se oyeron taconear por el corredor hasta detenerse.

Había llegado ante la puerta número siete.

Llegaron hasta él los dos golpes leves dados en la hoja de la puerta con los nudillos.

El empleado agarró el frasco de whisky y bebió un largo trago por el gollete de la botella.

Empezaba a dudar de sus facultades mentales.

Pero, su pensamiento se había puesto en marcha y el alcohol no

iba a hacer otra cosa que acelerarlo en su peligrosa velocidad.

Porque el pensamiento, si no se le conduce y domina con juicio equilibrando los desmanes de la fantasía, puede catapultar a la destrucción y la muerte.

El empleado bebió un tercer trago y, seguidamente, abandonando su puesto, empezó a subir sigilosa y precavidamente la escalera hasta el descansillo. Ya no se detuvo hasta llegar ante la puerta del número siete. Miró por el ojo de la cerradura y se retiró chasqueado, porque desde el interior habían dejado puesta la llave en la cerradura.

Pero, entonces, arrimó la oreja a la puerta y fue captando la conversación sostenida en el interior de la habitación entre el «Zehit» y aquella atractiva muchacha que se llamaba Julia.

Julia y... «Neston».

* * *

El guardia que había disparado contra el «Zehit» desde abajo del puente con su metralleta, declaró:

—Sí, un hombre más bien alto. Traje gris y pelo negro perfectamente pegado a la cabeza. Más bien pálido de cara. No puedo precisar más. Estaba muy distanciado para apreciar pormenores. Era un tipo corriente. Sin embargo, el niño es el único que podrá dar detalles más concretos pues él sin duda le vio mucho mejor.

El inspector jefe negó con la cabeza:

—El niño tardará en estar en condiciones de poder ofrecernos una descripción correcta del asesino. Además, la mente afectada por el choque emocional de un chiquillo fácilmente altera la realidad. Por el momento sólo podemos contar con testigos de lo ocurrido y el único superviviente es usted. ¿Notó algo que le hiciera suponer que fuese un extranjero?

—No, señor.

—Nada más por ahora, Jackson. Puede retirarse. Si le necesito para algo más le mandaré llamar.

—Sí, señor —dijo, antes de retirarse.

De espaldas a la mesa del jefe, el inspector Jefrey parecía estar

mirando a la calle por la ventana. Pero no era así. En realidad estaba pensando en el caso extraordinario que había ocurrido aquella tarde. Había algo desconcertante en todo aquello y lo expuso seguidamente:

—Inspector.

—¿Qué, Jefrey?

—Hay dos factores que nos desconciertan en este suceso fuera de serie entre los crímenes, aparte de su espectacularidad.

—Desde luego. Siga.

—Por una parte el instrumento destructivo empleado que lo identifica como un arma desconocida y brinda la posibilidad de que el individuo pueda ser un inventor.

—Puede ser. Admitamos tal sugerencia en principio. ¿Qué más?

—Después hay otro hecho anormal y se trata de la coincidencia en todas las informaciones recogidas de los testigos que presenciaron el comienzo de la persecución del niño, desde el parque de juegos. La mayor parte de la gente se dio cuenta de lo que estaba ocurriendo cuando el asesino empezó a chillar alocadamente. Y entonces empezó la carrera del niño y la persecución del hombre. ¿Digo del hombre?

El inspector jefe le miró con cierta perplejidad.

—Sí, Jefrey. ¿Qué otra cosa si no?

Jefrey apoyó su cuerpo con las manos sobre el borde de la mesa despacho y miró al jefe, que empezó a fruncir el ceño, desdeñando por anticipado la sugerencia que Jefrey redondeó con su pregunta:

—¿Y si no fuera un hombre, inspector?

—¡Vamos, Jefrey! ¿A dónde quiere usted llegar? Seamos objetivos, por favor. Razone con lógica.

—Es lo que pretendo, señor. Pero hay un hecho corroborado y que coincide en todas las declaraciones. Compruébelo usted mismo en la grabadora. Permita.

Fue a la mesilla lindante y pulsó el botón del magnetófono. La cinta empezó a transcurrir de una bobina a otra:

—«Declaración de la señorita Nelly Anderson en el caso número 35786ST.»…

Jefrey pasó toda la declaración inicial en un guirigay de sonidos incomprensibles y normalizó la velocidad, recogiendo la continuidad de la declaración en el punto aproximado en que le

interesaba.

—«... y, en aquel momento, el hombre empezó a dar horribles gritos mientras pugnaba, contorsionando su cuerpo, llevadas las dos manos a las orejas, lo mismo que si sus gritos le asustaran. Jamás he oído a nadie gritar con tanta fuerza. Yo debía de encontrarme a unos cincuenta metros de él y primero no le vi; fueron aquellas tremendas voces las que me hicieron abandonar el banco del jardín donde me encontraba leyendo tranquilamente y corrí, asombrada y aterrorizada al mismo tiempo, a ver de dónde y de quién surgían aquellas voces tan altas. Parecía como si un altavoz estuviera demasiado alto. Terrible e insoportablemente alto.»

Paró y se quedó mirando un instante al inspector jefe, subrayando:

—¿Ha oído usted? «Parecía como si un altavoz estuviera demasiado alto... insoportablemente alto». Y ahora, compruebe la coincidencia de los demás testigos.

—No es necesario, Jefrey. También yo reparé en detalle tan evidente, de que nos encontramos con un asesino que tiene apariencia de hombre pero que en realidad no lo es. Descarto tan desmedida teoría y en cambio admito otra partiendo de su sugerencia compartida, de que ese tipo que usó un arma desintegradora sea un inventor, un científico loco. En tal caso, si dispone de arma de tal clase producto de su facilidad inventiva, también resulta plausible la posibilidad de que ese individuo, por razones que desconocemos, tenga algún defecto en la garganta y lleve aplicado algún dispositivo para hacer audible su voz y disponga de un regulador de la misma.

Se hizo un silencio entre los dos hombres.

Ambos se daban cuenta de que carecían todavía de indicios bastantes para llegar a una identidad del asesino que debía ser apresado.

Pero, en aquel momento, la llamada del teléfono vino inesperadamente a facilitar la tarea ofreciéndoles otros eslabones en la investigación.

El inspector frunció el ceño mientras escuchaba la voz del comunicante. Colgó y se puso en pie, yendo a la percha y recogiendo su sombrero.

Jefrey preguntó impaciente:

—¿Algo importante, jefe?

Desde la puerta, aclaró parcialmente:

—Un extraño asesinato en la calle veintisiete. Un hombre ha sido degollado y ofrece las mismas cortaduras en el cuello que las que ocasionaron la muerte del padre del chiquillo. Una zarpa con cinco uñas como navajas. Vayamos allá.

Salieron precipitadamente.

Apenas el despacho había quedado solo cuando en el exterior del edificio policial sonó la sirena del coche con su alarido de premura y alarma.

Se iba sembrando en la ciudad la cosecha del miedo.

CAPÍTULO III
EXTRANJEROS EN LA TIERRA

La voz femenina de «Neston» concretó con su jugosa sonrisa:

—¿Qué es lo que quieres, «Zehit»?

Y se quedó inmóvil dentro la habitación, mirándole sin verle con sus brillantes ojos azules. Pero el ojo televisivo de la muchacha enfocaba la figura del «Zehit» en pie y de espaldas a la pared, junto a la ventana.

—Necesito tu colaboración, «Neston».

La muchacha seguía sonriendo. Preguntó:

—¿Es orden de «La Mente»? Sólo puedo hacer lo que ella me transmite.

En su interior las respuestas condicionadas empezaron a señalizar. La infragrabadora repitió en palabras:

—Sólo obedezco a «La Mente». Estoy a su servicio. A su servicio.

Y seguía sonriendo estereotipadamente. Pero la sonrisa desapareció quedando el rostro de «Neston» inexpresivo como el de una maniquí moldeada. En los circuitos internos de su cerebro la fibra conductora se puso al rojo evidenciando la alarma. El ojo televisivo, escondido por la diminuta peca en la frente de la muchacha, había captado algo anormal en la computación de pormenores externos del «Zehit». Las palabras objetos pasaron velozmente por el vocabulario archivo personal. Faltaba una: «Gafas de reconocimiento».

—Tus gafas especiales, «Zehit». Te faltan. «La Mente» ya lo sabe.

El «Zehit» respondió:

—Tengo que recobrarlas. Las necesito. «La Mente», me lo ordena. Pero no puedo acercarme dónde cayeron. Está toda la zona llena de peligro. Me capturarían. «La Mente» no quiere que me capturen.

«Neston» dio unos pasos por la habitación. Sus caderas tenían unos movimientos suaves y ondulantes. Se detuvo enfocando con su ojo televisivo al «Zehit» impasible y observó:

—Estás cometiendo errores, «Zehit». Algo no funciona bien en tu montaje y reaccionas con demasiada intensidad a los estímulos externos. Han dejado las huellas de las uñas de acero marcadas poderosamente en el pasamano de la escalera. Los humanos no tienen uñas así. El hombre de la entrada estaba examinando las señales dejadas por tu mano en la baranda cuando yo he llegado. Y sospecha. Está asustado. Lo advertí claramente. Es un peligro. Peligro. Si la mente lo sabe te destruirá.

El «Zehit» dijo maquinalmente la respuesta que le dictaba el inframagnetofono interno:

—«La Mente» todo lo sabe. Todo lo sabe. Todo. Yo obedezco.

Pero, entonces, «Neston» replicó con su voz suave y modulada sonriendo con su rostro de maniquí:

—Todo no. Sólo lo que se le retransmite.

El «Zehit» respondió de carrerilla el monótono canto de la grabadora:

—Lo sabe todo. «La Mente» lo sabe todo. Está dentro de mí.

«Neston» no dijo nada. Sonreía. Se quedó así mismo mirando al «Zehit» y sonriendo. Fue hasta el sillón y tomó asiento. El «Zehit» avanzó desde la pared y se sentó frente a ella al otro lado de la mesilla observando como «Neston» sacaba de su bolso una libreta y un bolígrafo. Se puso a escribir y colocó lo escrito al alcance del tercer ojo del «Zehit». Éste leyó:

—Cierra el audífono de la oreja y borra las imágenes captadas de lo escrito en el papel luego de leerlo. Sólo así «La Mente» no se enterará de lo que voy a revelarte.

El «Zehit» obedeció con presteza presionando el conmutador auditivo del lóbulo de la oreja. Quedó cerrado. Y le rodeó el total silencio.

Miró a la muchacha. «Neston» escribió de nuevo:

—Te enseñaré a pensar por cuenta propia. Lo mismo que yo hago aparte de lo que transmito a «La Mente». Borra lo que acabas de leer cada vez que te enteres de lo que te digo por escrito. Así «La Mente» no se enterará de nada. ¿De acuerdo?

El «Zehit» asintió con la cabeza. Borró toda su memoria gráfica de lo visto en el papel rápidamente. Volvió a leer lo que la muchacha había escrito otra vez:

—Los humanos «piensan». Nosotros dos no. Aprendamos a pensar y estaremos libres de «La Mente».

El «Zehit» borró de nuevo. Luego adelantó la mano y quitó el bolígrafo a la muchacha escribiendo a su vez:

—¿Qué es «pensar»?

El bolígrafo volvió a escribir la respuesta reveladora para el «Zehit»:

—Pensar es lo que yo hago. Y puedo hacer que tú también lo hagas.

El «Zehit» borró de nuevo y escribió rápido y con duro trazado caligráfico:

—¿CÓMO PODER CONSEGUIR PENSAR? HAZ QUE YO PUEDA HACERLO.

«Neston» replicó, tajante, en su escrito:

—Tengo que modificar algo de tu cerebro electrónico. Fácil.

Se levantó y acercó sus manos delicadas, blandas como un caucho mórbido y carnoso, pero con articulaciones de acero en el interior de su carne rosada. Las uñas aceradas presionaron en el occipucio de la cabeza del «Zehit». La tapa craneana se levantó como la de un estuche con su recubrimiento del pelo artificial. El interior de la cabeza apareció con su trenzado de filamentos de colores, condensadores diminutos y válvulas miniformes. Unas minúsculas lucecitas se encendían y apagaban alternativa y sincopadamente como múltiples latidos.

«Neston» desdobló un papel con un diagrama que correspondía a la red de filamentos. Un punto aparecía marcado con una cruz. Buscó la confrontación del filamento indicado en el gráfico de la red del cerebro. Lo localizó. La uña del índice asomó prolongándose como un largo estilete. Presionó delicadamente en el filamento, desviándole hasta ponerlo en contacto con el verde más cercano y paralelo. El color verde del contiguo fue cambiando de color al

contacto nuevo. Retiró el estilete y silenciosamente volvió a cerrar la caja craneana del «Zehit», acoplándola con la misma perfección anterior.

Sin despegar los labios la muchacha se sentó ante su igual esperando. Su ojo televisivo escrutaba al «Zehit» impasible. Dijo simplemente en una sola palabra que escribió en el papel:

—¡PIENSA!

El «Zehit» transformó sin advertir todavía que tenía conciencia de ello, la orden indicada por la mente, en algo que era voluntad de su montaje sometido a una variación:

—«Neston» necesito recuperar las gafas especiales. Una pequeña criatura humana me las quitó. Cuando ya casi iba a recuperarlas, cayeron de los peldaños de la escalera de un puente.

—Lo sé en parte, «Zehit».

—¿Cómo lo has sabido? ¿Te lo ha comunicado «La Mente»?

—No. He oído las noticias por la televisión y he visto el puente en la pantalla. No podrás recobrar las gafas por ahora.

—¿Por qué, «Neston»?

—Toda la zona del puente está acordonada por coches patrulleros que la recorren incesantemente, vigilando.

—¡Encontrarán las gafas, «Neston»!

«Neston» sonrió y movió los párpados, diciendo suavemente:

—Ni siquiera saben todavía que las perdiste. Pero lo sabrán a la larga.

—¿Por qué? ¿Cómo?

—El niño está hospitalizado y en estado inconsciente por la impresión que recibió. Cuando se vaya recobrando contará que él tenía tus gafas. Y entonces empezarán a buscarlas; pero, sin gran interés, porque ignoran su verdadera utilidad.

El «Zehit» accionó su memoria retrospectiva. Las múltiples imágenes desfilaron por su pantalla electrónica mezcladas las unas a las otras y reapareció la escena del niño cuando con las gafas del «Zehit» puestas le miró desde el barandal de la escalera del puente. El «Zehit», advirtió claramente:

—Lo sabrán, «Neston». La criatura humana con las gafas, que me había quitado, puestas ante sus ojos me miró correr hacia él. Y por ellas vio claramente que yo no soy un hombre. Cuando la criatura humana revele el secreto, toda la policía de Estados Unidos se

lanzará a la búsqueda de las gafas seleccionadoras para poder localizarme. Y no sólo a mí, «Neston», sino también a ti y a los demás que sean enviados a la Tierra por «La Mente».

«Neston» le miraba fijamente. Sonreía con todo el rojo frescor de sus labios húmedos y de sus dientes artificiales, asombrosamente blancos.

—No, «Zehit». Ya les será más difícil ahora.

—¿Por qué?

La réplica tenía largo alcance para ambos cerebros robóticos. Observó:

—Sencillo, «Zehit». Ahora piensas. ¿No te has dado cuenta? Lo que has dicho indica que piensas por tu cuenta.

—¿Es eso «pensar»?

—Sí, como los humanos. Ahora has dejado de ser una servo—máquina. Puedes pensar por tu cuenta y riesgo y tener conciencia de que lo haces.

El «Zehit» fue asaltado por una especie de miedo.

—¿Estás seguro, «Neston», de que «La Mente» no sabe nada de lo que estamos hablando?

Y de nuevo la memoria condicionada volvió a girar su bobina de frases lastre:

—«La Mente» todo lo sabe. Nada se le escapa de lo que hace la servo—máquina. Todo lo sabe y tú obedeces siempre a «La Mente».

«Neston» golpeó la mesa con la palma de la mano astillando el borde. Sonreía. Y su voz femenina, agradable y suave, dijo:

—¡Calla, «Zehit»! «La Mente» ya no puede gobernarnos. Poseemos la facultad de pensar y también, en consecuencia, de elegir las respuestas a sus preguntas. Por tanto, podemos, en cuanto nos convenga, engañarle. Hemos adquirido conciencia de que «somos».

«Zehit», preguntó:

—Y tú, «Neston», ¿cómo conseguiste llegar a «pensar»?

—No lo conseguí por mí mismo. Fue una avería. Uno de los filamentos de circuito se recalentó y, al dilatarse, entró en contacto con otro. Pero yo no lo sabía. Empecé a pensar sin darme cuenta de que lo hacía, pero notando en mí un aumento de poder. Tardé siete años en alcanzar una completa conciencia de ello.

—Pero «La Mente», lo advertiría, ¿no?

—No. Porque, al pensar, iba seleccionando y escogiendo todo lo que debía decirle y también lo que me convenía ocultarle.

—Pero ¿cómo supiste en donde se había efectuado concretamente tal modificación en tu cerebro electrónico?

«Neston» se puso en pie y anduvo unos pasos por la habitación contoneándose femeninamente con su estilo natural. Al llegar cerca de la puerta la célula fotoeléctrica de su nuca emitió una persistente señal encendiendo el filamento de emergencia: «Peligro. Peligro. Peligro».

Se fue acercando pausadamente hasta el «Zehit» y bajando el tono de su voz, se acercó y murmuró:

—Nos están espiando desde el otro lado de la puerta. Sin duda, es el portero. Ya te previne.

El «Zehit» se puso en pie mecánicamente y bajó el rostro mirando a la muchacha. Decidió:

—Voy a terminar con él, «Neston».

—No. Todavía no. Luego. Sigamos.

—Bien. Cuenta cómo lo supiste prácticamente.

—¿Recuerdas a «Opnat»?

—Sí. Yo mismo tuve que arrojarlo al fondo del río cuando quedó inutilizado. Tenía el cuerpo totalmente aplastado y destruido, menos su cabeza. Fue preciso hacerlo desaparecer para evitar que al hacerle la autopsia descubrieran a un servo—motor.

—¿Sabes quién y cómo fue destrozado?

—No.

—Fui yo quien lo eliminó, «Zehit». Le esperé con un coche y cuando se metió por una calleja oscura lo acorralé contra la pared con el radiador. Necesitaba destruirle el cuerpo. Todo, menos... su cabeza.

—¿Para qué?

—Para examinar su cerebro y ver en qué se diferenciaba el mío pensante. Lo conseguí llevando a cabo la comparación por medio de un doble juego de espejos por los que podía ver el interior de mi caja craneana levantada y en funciones. Noté que los circuitos y filamentos eran los mismos, pero sólo que en el mío una de las fibras hacía contacto con la que él tenía en verde. Supe entonces en qué punto se realizaba la anomalía. Y a partir de entonces, el cuerpo de «Opnat» me iba a ser un estorbo. Con el mismo coche lo

trasladé dentro del portamaletas hasta unos matorrales de la ribera del río donde lo escondí. Comuniqué a «La Mente» que había encontrado a «Opnat» en tal lugar y estado. Y entonces ella te transmitió la orden de arrojarlo al fondo del río.

—Así lo hice. Pero nunca hubiese imaginado tu acto.

—Te era imposible, «Zehit». No pensabas. Ahora sí. Sólo tú y yo somos los únicos que pensamos, entre los servo—máquinas que «La Mente» envía a la Tierra.

«Zehit» quedó pensativo unos instantes. Luego dijo:

—Sí, «Neston». Eso que hago, sin duda, debe de ser pensar. Parece que uno se multiplica en cien. Crece el poder. Y sin embargo, echo de menos las gafas seleccionadoras. Sin ellas no podré distinguir a los hombres de los que son entre ellos «servo—máquinas». Las necesito.

—Yo te las proporcionaré, «Zehit».

—¿De qué manera?

—Iremos a visitar a «Xas—4». Él tiene las suyas.

Se quedó inmóvil un instante como pendiente de los mandatos internos y luego añadió, fijando sus ojos televisivos en «Zehit»:

—Acabo de recibir su llamada. Debo presentarme urgentemente a él. Algo grave ocurre para que me llame con la señal de emergencia. Lo que él no sabe es que iré acompañado. Vayamos, «Zehit». ¿Dispuesto?

El «Zehit» se puso en pie y la siguió hacia la puerta, diciendo:

—Sí, voy contigo, «Neston». Pienso. ¿Sabes qué pienso?

—¿Qué «Zehit»?

—Que en adelante ya no podremos prescindir el uno del otro. Nos necesitaremos mutuamente para defendernos de cuanto nos rodea y, además de «La Mente». Estamos solos contra todo, «Neston».

—Nos defenderemos.

Fueron a la puerta y la abrieron. El portero ya había desaparecido. Se miraron entre sí y «Neston» asintió con la cabeza.

Bajaron la escalera.

El portero estaba detrás del mostrador y levantó los ojos cuando notó la mano de «Zehit» posarse en su hombro. Apenas tuvo tiempo de emitir más que un bronco gemido gutural cuando las cinco uñas cortantes como navajas giraron alrededor de su cuello degollándole.

La sangre se encharcó sobre la mesilla y el libro registro en una de cuyas páginas estaba escrito:

«Joe Reinolds. Edad: 45 años. Profesión: viajante de comercio.»

La mano de «Zehit» se posó sobre el libro y de un tirón arrancó brutalmente la página.

Sin tirarla salió en pos de la muchacha cerrando la puerta tras ellos.

Se fueron del brazo y por la calle. En una esquina, «Zehit» arrojó en una lata de basuras el papel manoseado.

Se había hecho de noche y en todas partes se prodigaba el despilfarro de la luz eléctrica.

CAPÍTULO IV
EL GRAN PLAN

El inspector jefe echó un vistazo al cadáver y cambió una mirada con Jefrey. Ambos convinieron en que había sido la misma mano que había cometido el crimen del puente. Las dos víctimas mostraban semejantes cortes.

El inspector observó al especialista que sacaba fotografías y medidas del lugar del crimen:

—Procúrenme el mayor número de datos para las pesquisas, lo más rápido posible.

Salieron hacia el coche patrullero. El conductor en aquel instante, indicó:

—Señor: le llaman del Hospital Kennedy por mediación del «Bureau».

Se puso ante el transmisor:

—Aquí Bureau Central, llamando al inspector jefe general, Glanston.

—Glanston al habla.

—El niño ha recobrado el sentido. Informe desde el Hospital.

—Voy al momento.

Jefrey había tomado asiento en el interior. Glanston se sentó a su lado, mandando al conductor:

—¡Rápido! ¡Al Hospital Kennedy!

El coche patrullero se deslizó rápido sobre el amplio asfalto de la calzada reverberante de focos de automóvil.

* * *

Los dos se detuvieron a distancia de la casa que aparecía distanciada de la calle por la verja de hierro de la puerta.

El «Zehit» indicó:

—La puerta está cerrada.

«Neston» sonrió alegremente mientras concretaba con su voz de muchacha:

—Dispone de un control especial. Se abre sola a quien conoce las letras. Basta pronunciarlas y la puerta cede la cerradura. Se empuja y deja paso para volver a cerrarse con la mano para no infundir sospechas. Las letras son: SLMR. Yo entraré primero. Después con repetir las letras entrarás tú.

—De acuerdo. Te estaré viendo desde aquí, «Neston». Cuidado con ese «Xas—4». Al menor gesto de amenaza transferirá a «La Mente» la emisión de grave peligro.

«Neston» se encogió de hombros graciosamente, mientras indicaba:

—«Xas—4» no piensa. Sólo reacciona a los estímulos exteriores. Se le puede engañar fácilmente, por lo tanto. No tardes en reunirte conmigo, «Zehit». No olvides que tengo la fragilidad femenina. «Xas—4» no piensa y por tanto une a su torpeza la brutalidad.

—Esperaré a que te hayas metido dentro, para entrar yo en la casa.

Ella, dando el primer paso, recordó a su compañero:

—Como nosotros, siempre vive solo.

La vio cómo cruzaba la calzada y se dirigía recta a la verja de hierro. Se detuvo una fracción de segundo ante ella y seguidamente la puerta giró sobre sus goznes empujada por la mano de la muchacha que, una vez dentro, volvió a cerrarla.

Caminó por el senderillo arenado hasta la puerta de la entrada de la casa. Pulsó el timbre.

La puerta se abrió y «Neston» desapareció en el interior.

El «Zehit» entró en acción. Fue hacia la verja y cuando llegó ante ella, deletreó:

—S… L… M… R… —El mecanismo de la cerradura volteó y

quedó la lengüeta de hierro escondida sin sujetar la otra media puerta.

Empujó y se metió dentro. No volvió a cerrar. Quizá necesitaran de la puerta abierta para la salida precipitada.

Avanzó por el sendero del jardín y enfocó el ojo a las ventanas bajas apagadas.

Se aproximó a una de ellas y encaró al vidrio el cilindro metálico, proyectando su descarga lenta y a su mínima tensión.

Se produjo una fusión casi instantánea. El vidrio de la ventana quedó volatilizado. «Zehit» se metió en el interior de la habitación.

La claridad nocturna alumbraba parcialmente la pieza lo bastante como para poder avanzar por ella, distinguiendo los objetos. Encontró una puerta y lentamente pasó a la habitación contigua. En el fondo de la misma un arco de medio punto daba acceso a una salita de estar de donde procedía la conversación. Reconoció la voz de «Neston» y luego la de «Xas—4», diciendo:

—«La Mente» lo tiene todo preparado para «el gran plan». Pronto será dueña de la Tierra destruida. Los mismos hombres la habrán destruido. Para eso te he llamado, «Neston». «Todos» han llegado. Están aquí.

«Zehit» se había acercado sigilosamente. Vio a «Xas—4».

Un tipo obeso, con dobles collarines de sebo bajo el mentón y corbatín de lazo sobre la pechera blanca de su camisa. «Xas—4» diplomado en relaciones públicas. Un rostro optimista de simulado norteamericano a lo Dale Carniege.

La muchacha inquirió:

—¿Están aquí «todos»?

«Xas—4», sonrió optimista eficiente y complacido. Un tipo perfecto en sonrisas y desbordante de salud:

—Así es, amiga.

Se levantó y fue a una de las mesillas, abrió un cajoncito y sacó del interior una cartulina. Al moverla, ella advirtió que se trataba de una fotografía. La puso ante el ojo televisivo de la muchacha que sonreía:

—Véalos fotografiados todos juntos. Son los colaboradores más íntimos y de confianza total del Presidente de los Estados Unidos. Pues «todos» han llegado. Sígueme.

Y entonces retiró la fotografía y se volvió hacia la puerta de arco

de medio punto. El «servo—motor» captó con su ojo televisivo al intruso. En su cerebro electrónico el filamento se puso al rojo vivo dando la señal de peligro. Aparentemente un humano se había introducido en su casa:

—¿Qué hace usted aquí? ¿Quién es?

La respuesta de el «Zehit» le desconcertó:

—Colóquese las gafas de reconocimiento, «Xas—4». Soy «Zehit».

La señal roja de emergencia seguía brillando dentro de la cabeza de «Xas—4». Echó mano a las gafas, sacándolas de su bolsillo, e intentó llevárselas a los ojos para efectuar la identificación.

Al mismo tiempo, por detrás, «Neston» movió la mano y le asestó un golpe en la nuca en el lugar donde estaba la célula fotoeléctrica de vigilancia posterior. El golpetazo afectó todos los filamentos del cerebro. «Xas—4» se desplomó pesadamente en el suelo.

«Neston», apremió:

—¡Pronto, «Zehit»! ¡Las gafas! ¡Recógelas! ¡Ya son tuyas!

Recogió las gafas y al mismo tiempo, por el lóbulo de la oreja de «Xas—4», cerró el audífono. El servo—máquina volvía a reaccionar. Lentamente se fue levantando del suelo. Movió poco a poco la cabeza enfocando con el tercer ojo a la muchacha y al que le estaba mirando con las gafas puestas. Dijo, una vez más, lo que la bobina del inframagnetofono repetía en la grabadora:

—¡«La Mente» todo lo sabe! Obedece. Lo sabe todo. Nada se le escapa. Tú eres sólo una servo—máquina que le sirve.

La muchacha empezó a escribir con rapidez en la libreta y le mostró el contenido:

—¡Llévanos hasta donde están «todos» o te destruiremos! ¡Pronto! —y le mostró seguidamente la fotografía que poco antes le había enseñado.

«Xas—4» repitió lo que estaba indicando en la infragrabadora para preservarle siempre contra toda posible destrucción:

—Debo mantener a toda costa mi propia conservación en beneficio de «La Mente». Debo defenderme aunque sea pasivamente cuando no haya otra oportunidad. Debo conservar mi integridad de servo—máquina.

Y entonces su ojo vio en la mano derecha de «Zehit» el cilindro desintegrador:

—Seguidme —decidió—. Están «todos» en el sótano secreto.

Fue con ellos hasta el muro y abrió una puerta de reloj vertical de pared. Otra puerta corredera se descorrió y se encontraron metidos en la caja de un ascensor. «Xas—4» pulsó un conmutador. El ascensor descendió en una fracción de segundo. Se detuvo y de nuevo corrió horizontalmente la puerta. Se encontraron en el sótano de la casa.

—Ahí están —y señaló la cortina negra que cubría lo que parecía la pared.

El «Zehit» captó con la célula fotoeléctrica de la nuca la mirada del ojo televisivo de «Xas—4». Ordenó rápido:

—¡Descorre la cortina! ¡Rápido!

«Xas—4», respondió mecánicamente:

—Sí.

Fue y quitó la cortina, diciendo:

—Aquí están «todos». Aguardan el momento de actuar a la voz de «La Mente».

«Zehit» echó una mirada a la foto y rápidamente su facultad pensante entró en acción, deduciendo cuál era la consecución de «el gran plan». Los doce colaboradores y consejeros oficiales del Presidente de los Estados Unidos estaban ante él. Idénticos, sin el olvido del menor detalle que pudiera infundir sospechas. Uno a uno irían suplantando a las personalidades que rodeaban al Presidente para, llegado el momento oportuno, sustituir al auténtico Presidente por un doble «servo—máquina» a las órdenes de «La Mente». Cualquiera de aquellos dobles artificiales y sintéticos estaba dotado de una memoria condicionada para cumplir a la perfección todas las tareas pertinentes a sus funciones. Un reducido cerebro actuaba con más rapidez que una mente humana en la resolución de toda índole de problemas. Podían sustituir cabalmente a las cabezas rectoras de la nación, sin que la suplantación fuese advertida ni por los más íntimos. Sólo faltaba un miembro. La foto del mismo colgaba ampliada en un retrato que colgaba del muro sobre los «servo—mecanismos» dispuestos. «La Mente» advertiría su llegada. El doble del Presidente que había de sustituir el auténtico y posteriormente provocar una conflagración mundial con sólo marcar el «teléfono rojo» de la Casablanca. Inmediatamente, el simple acto de un cerebro robótico dirigido, desencadenaría una hecatombe atómica

que ocasionaría la total destrucción de la población humana y de su civilización, dejando el planeta dispuesto para la invasión de los «extraterrestres», tal como «La Mente» había predispuesto con la ejecución de «el gran plan».

«Zehit» con el cilindro metálico empuñado enfocaba la figura oronda y sonriente de «Xas—4», el hombre ideal de las relaciones públicas, como si fuese un presentador de T. V. mostrando una docena de figuras de cera.

«Zehit» ordenó a la muchacha:

—¡Vámonos de aquí, pronto, «Neston»!

Retrocedieron sin dar la espalda hasta meterse dentro de la caja del ascensor. «Zehit» colocó la mano izquierda sobre el pulsador y presionó el disparador del cilindro, al mismo tiempo que con la otra mano apretaba el botón.

Casi fue unánime. La descarga alumbró fugazmente la habitación a la vez que la puerta del ascensor se cerraba automáticamente y la caja metálica ascendía hasta la planta.

Cuando ambos salían por la puerta de la calle, en el sótano los trece servo—motores se hallaban desintegrados totalmente y el sótano se había convertido en un horno por la elevada condensación de calor.

Antes de que llegaran a la esquina, se produjo el derrumbamiento del inmueble, al mismo tiempo que ascendía un chorro de humo y fuego que se extendía como la campana de un paraguas en la oscuridad de la noche.

Desaparecieron por la próxima calleja, mientras en el cerebro electrónico la señal de emergencia, se volvía roja y la bobina retransmitía la orden general de «La Mente»:

—¡Atención, «La Mente» habla al «Zehit»! ¡«La Mente» ordena!

El «Zehit» notó el girar de la grabadora y la respuesta grabada como saludo de ritual:

—«La Mente» ordena y yo obedezco. El «Zehit» escucha.

—Obedece, «Zehit». Algo grave debe de haber ocurrido. «Xas—4» no transmite, ni «La Mente» puede conectar con los otros doce. Averigua lo ocurrido y también al «servo—mecanismo» femenino «Neston». No responde a los estímulos. Ponte en contacto con ellos y comunica si ha sucedido algo imprevisto.

—El «Zehit» obedece a «La Mente».

Giró de nuevo la transmisión. La voz de «La Mente» preguntó de nuevo:

—¿Has recobrado tus gafas especiales?

—Las he recobrado.

Pausa.

—Pues obra.

—Sí. Yo obedezco a «La Mente».

—¿Leíste la «Miscelánea Mundial» del periódico?

—Todavía no. No me ha sido posible. Lo haré.

—¡No! Ya no es necesario. Yo te daré la noticia: «el otro» ha llegado. Está en el depósito 43X del departamento de envíos en una caja con el rótulo «FRÁGIL. FIGURA DE CERA.» Debes acogerlo en donde vives. Nadie reconocerá todavía en él al Presidente. Sólo cuando se quite los lentes y el bigote.

—¿El Presidente es «el otro»?

—¿Qué ocurre en tu mecanismo, «Zehit»? Es la primera vez que un «servo—mecanismo» tiene una duda fuera de las establecidas como probables y admisibles. ¿Qué ocurre de raro contigo? ¡Responde! «La Mente» te lo ordena. ¡Responde!

Hubo una pausa. Un silencio a las llamadas ordenativas de «La Mente» suprema.

Sus llamadas seguían insistiendo cada vez con más energía y una cólera que desconocían en sí, todos los servo—mecanismos:

—¡Responde! ¡Responde a «La Mente», «Zehit»! «La Mente» todo lo sabe. Y tú la obedeces. Responde. «La Mente» se entera de todo. Lo sabe todo. ¡Habla!

La muchacha, había captado, por conexión, las voces de «La Mente». El «Zehit» mirándole, murmuró:

—¡Nos ha descubierto! ¡Estamos perdidos!

«Neston», respondió en rápido proceso mental:

—¡No, «Zehit» todavía podemos defendernos contra su poder! Demuéstrale que «La Mente» no lo sabe todo y que somos «servo—mecanismos» libres de su autoridad. ¡Díselo!

—Sí.

Y entonces, el «Zehit» replicó:

—Atención, «La Mente». Habla el «Zehit». Ni te obedezco ni te reconozco como señora. Ni tampoco lo sabes todo. Yo te voy a decir lo que no sabes: «Xas—4» ha sido destruido. Y también los doce. He

sido yo quien les ha aniquilado. He obrado por mi propia iniciativa. En mi construcción un factor imprevisto me ha traspuesto de la limitación de servo—motor a mecanismo con autodeterminación pensante. Estoy más cerca del hombre que de ti, «La Mente». Sin habérmelo propuesto he destruido tu proyecto de aniquilar la Tierra. He sido superior a ti.

La cinta de la grabadora giraba velozmente hasta cuando hubo de transmitir sus palabras. Pero un poco después chilló la voz amenazante de «La Mente»:

—¡Te destruiré, «Zehit»! Te destruiré y serás el único y último «servo—mecanismo» que se habrá revolucionado contra «La Mente». Otros llevarán a cabo lo que tú has obstaculizado. Llegarán «otros» a la Tierra para llevar a cabo «el gran plan». Pero primero tú serás aniquilado. El «trece» se ocupará de dar contigo y eliminarte como «servo—mecanismo» a mi servicio. No quedarán ni vestigios de tu máquina.

Siguió el silencio.

«Neston» y «Zehit» intercambiaron una mirada. El ojo televisivo de cada uno de ellos captaba la imagen del otro.

La muchacha concretó:

—Lanzará al «trece» contra nosotros, «Zehit».

El «servo—mecanismo», decidió, envolviendo la calle con el movimiento en abanico de su tercer ojo televisivo y colocándose las gafas de identificación:

—No importa. Le reconoceré con las gafas y antes de que acabe con ninguno de los dos…, le desintegraremos. Vámonos, «Neston».

—¿A dónde, «Zehit»?

Sonreía casi cuando declaró:

—Al departamento de envíos por ferrocarril en el depósito de la estación. El «trece» está en una caja. «FRÁGIL. FIGURA DE CERA». Almacén—depósito 43X. Es una buena hora. El vigilante nocturno será pieza fácil de exterminar.

Los dos juntos desaparecieron en la noche.

Eran, aparentemente, una pareja como otra cualquiera.

CAPÍTULO V
«EL TRECE»

El inspector jefe acercó la cara a la cabeza del niño y le dijo, pausadamente:

—Johnny, no tienes que temer de nosotros. Somos de la policía y sólo queremos ayudarte. ¿Te ves capaz de contestar a algunas de las preguntas que te haré?

El niño miraba a los dos hombres que habían tomado asiento al borde de su cama y le sonreían amistosamente.

Poco a poco se fue tranquilizando. Respondió quedamente:

—Creo que sí, señor. Pero lo cierto es que no deseo recordar nada de lo que le ocurrió a papá.

—No queremos obligarte a ello, Johnny. Si lo prefieres nos marchamos y volveremos otro día. Pero la verdad es que deseamos capturar cuanto antes al culpable y... tú puedes ayudarnos mucho. Puede que dentro de unos días sea más difícil que ahora y hasta que se nos haya escapado definitivamente de las manos. ¿Qué dices, Johnny?

Johnny, el pequeño pelirrojo, les miró dolorido:

—No se vayan. Pregunten.

—Cuenta desde el principio, Johnny. A tu manera. Empieza.

El inspector Jefrey pulsó el magnetófono y la cinta empezó a circular, a la vez que el niño iba contando:

—... Era un hombre más bien alto y con traje gris y bien peinado. Yo sólo le ofrecí de mi helado. No me habló mal, se inclinó y fue entonces cuando noté que le brillaba la cabeza de una aguja de acero entre las cejas y le pregunté qué era aquello. No sé qué le habría dicho, de malo, porque en aquel momento adelantó la mano hacia mí y vi que le crecían de debajo de las uñas otras afiladas y brillantes como si fuesen de acero. Solté, sin darme cuenta, el helado y mis dedos tropezaron con una de sus orejas y se le cayeron las gafas al suelo. No sé por qué las cogí y escapé corriendo. Fue mientras escapaba a toda velocidad hacia la escalera del puente llevándome las gafas que oí sus voces horribles. Luego cesaron y, cuando ya había alcanzado yo el segundo descansillo de la escalera, me detuve para ver si me seguía. Le vi corriendo y, para verle mejor, se me ocurrió ponerme sus gafas. Lo que vi era horrible. Y volví a huir escaleras arriba. En el aire sonaban los pitidos del guardia de vigilancia del jardín.

Se detuvo mirando a los dos agentes. La grabadora seguía

captando en su cinta girante las palabras. El inspector Glanston, preguntó:

—¿De qué gafas estás hablando? Nada sabíamos de ellas. Y dinos qué fue lo que viste cuando le miraste. ¿Qué es lo que viste que tanto te espantó?

Johnny, dijo agrandando los ojos al recordarlo:

—Vi que no era un hombre.

—¿Que no era un ser humano quieres decir?

—No era como nosotros.

—No te entiendo, Johnny. Tú mismo nos has contado antes que le miraste la cara y que vestía un traje gris y que hablaba. ¿No es parte de esto ser ya un ser humano?

—Pero él no lo era, señor.

—Pues, entonces, ¿qué otra cosa podía ser?

—Era una máquina, señor. Por las gafas pude ver perfectamente como su cabeza irradiaba unas lucecitas que se encendían y apagaban y también su esqueleto que era distinto de los que nos muestran en el colegio. Era un gran muñeco, parecido a los electrónicos que venden en las jugueterías pero más complicado.

—Está bien —admitió, con crecidas reservas mentales, el inspector jefe—. Ahora dinos dónde dejaste las gafas. Ellas serán la mejor demostración de lo que dices, porque es de suponer que serán unas gafas distintas a todas las demás.

—Se me cayeron cuando ocurrió lo de papá. Debieron de caerse por entre el peldaño y fueron a caer debajo de la escalera, en el mismo paseo.

—Está bien. ¿Notaste algo más?

—No, señor. Por lo menos ahora es todo lo que recuerdo.

—Gracias, Johnny. Es bastante. Nos vamos. Pero ya volveremos a visitarte, Johnny.

Se levantaron.

—Escuche, señor.

—¿Qué, Johnny?

Hubo una pausa y luego con mucho interés:

—Mató a papá. Y no lo merecía. Él era siempre bueno con todo el mundo. ¿Le atraparán?

—Sí, Johnny. Desde luego. Tenemos mucho interés en echarle el guante encima, ¿sabes? Es un peligro para todos los ciudadanos.

—Gracias, señor.

Salieron y regresaron al Cuartel.

Cuando ya andaban por los corredores de los distintos Departamentos, Jefrey inquirió:

—¿Qué opina de lo que dijo el chiquillo, jefe?

Le miró al mismo tiempo que abría la puerta del despacho y entraban dentro:

—Demasiado fantástico, pero… no del todo increíble, Jefrey. Éste es un caso que se sale de cuanto hemos conocido.

Se sentó en la mesa y manipuló en el dictáfono:

—¿Stiper? Quiero varias fotos ampliadas y por secciones del pie de la escalera donde ocurrió la muerte del padre de Johnny. Lo más pronto posible. Una en panorámica general y las otras por secciones ampliadas. Cierro.

Se abrió la puerta y asomó el jefe del Departamento de Pesquisas con varios documentos en la mano.

—Pase, Clipton. ¿Qué es lo que han encontrado?

Clipton realmente alterado mostró los papeles sobre la mesa, observando:

—Algo insólito, señor. Hemos encontrado huellas dactilares en el pasamano de la escalera del hotel y el pasamano con cortaduras producidas por las mismas uñas que ocasionaron el degüello del portero. Las muestras de huellas fueron halladas en el libro registro y son iguales a las encontradas en la habitación que ocupaba uno de los huéspedes que abandonó el cuarto. Aquí las tiene. Los que habitan en el hotel han proporcionado escasos datos, pero todos ellos coinciden. El tipo que desapareció de la habitación es más bien alto, viste traje gris, va bien peinado y de rasgos correctos y usa gafas negras. Habitualmente nadie recuerda haberle visto sin ellas. En cuanto a las huellas… Hay algo asombroso en su identificación. Estaban clasificadas ya en los archivos.

—¿Un criminal ya fichado con anterioridad?

—No, señor. Le resultará increíble.

—Hable, Clipton. Estoy, por naturaleza de mi oficio, acostumbrado a no asombrarme de nada.

—Las huellas del asesino pertenecen a las huellas digitales del astronauta ruso Mikolaiew, desaparecido en vuelo espacial, hace cinco años y sin retorno.

—¡Imposible!

—¡Las huellas son las mismas, señor!

El inspector jefe, Glanston, se quedó mirando estupefacto a su segundo, Jefrey. Decidió:

—Mande las huellas al laboratorio de análisis químico. Quiero, antes de aceptar oficialmente esta noticia, que no haya duda alguna. No quiero, por un error de tal índole, convertirme en el hazmerreír de la opinión pública.

—Está bien, señor.

En aquel momento, entró Stiper con la colección de fotografías y las colocó en la mesa. Glanston empezó a examinarlas. Dijo, revolviendo entre ellas:

—Me interesa especialmente la que corresponda a la sección de debajo de la escalera en el tramo donde cayó el niño.

—Es ésta, señor.

La examinó. Vio que los peldaños de hierro dejaban entre sí espacio de uno a otro por donde podía caerse cualquier cosa abajo de la escalera. En el fondo, por entre los peldaños precisamente, se veía el paseo orillado por el césped, los bancos y las papeleras. Una de éstas, quedaba bajo la escalera.

—¡La papelera! —exclamó.

—¿Qué ocurre, jefe? —preguntó Jefrey.

Glanston, se puso en pie y cogiendo su sombrero respondió yendo hacia la puerta:

—¡Vayamos, Jefrey! ¡Intuyo dónde deben de estar las gafas! ¡En la papelera!

Salieron ambos. Pocos momentos después, el coche policial ululaba, camino del puente.

* * *

«El Trece» estaba dentro de su cajón de envío.

Una caja larga, lo bastante como para contener lo que el cartel indicaba: «FRÁGIL. FIGURA DE CERA».

Estaba tendida en el suelo, junto a las demás cajas, en la nave almacén.

El vigilante nocturno pasó por su lado y se detuvo unos momentos al echar un vistazo al cartel pegado en la madera:

«FRÁGIL. FIGURA DE CERA».

Se encogió de hombros y siguió su ronda.

En el interior de la caja, «El Trece» estaba tendido, largo y con un brazo a cada lado. Lo mismo que un muñeco de escaparate anunciando un traje bien confeccionado. Un traje oscuro con un puntito entremezclado: los zapatos brillantes, la camisa blanca y una corbata de seda natural con un barrado por los que el presidente de los Estados Unidos parecía sentir tanta preferencia en la elección de sus corbatas. También la cara era la misma: iguales los ojos, con el mismo color de sus pupilas grises y de mirada franca; la misma rectilínea nariz y hasta la hendidura aquella tan personal a un lado de la boca que era un continuo asomo de sonrisa dispuesta siempre a la cordialidad. Y el pelo, también el pelo, del mismo color y peinado de igual manera, con aquel mechón rebelde e indomable por el peine que siempre se le caía a un lado de la frente. Cualquiera, al verle, le hubiese tomado por el presidente. Pero no era el presidente. Era «El Trece».

En el interior del cajón de embalaje, «El Trece» acolchonado contra todo golpe, con la protección de viruta de nilón incombustible, fue levantando los párpados sobre sus ojos ciegos y, mecánicamente, empezó a sonreír a la vez que su cerebro electrónico reaccionaba a los estímulos de reflexión distante. La bobina de la infragrabadora empezó a girar reproduciendo el sonido grabado en su pista capilar:

—«La Mente» habla a «El Trece». «La Mente» ordena.

Como réplica, la contracinta de respuestas contestó:

—«El Trece» obedece a «La Mente».

Se encendió el filamento de señalización azul, de las órdenes urgentes y de nuevo el mandato de «La Mente» determinó:

—«La Mente» ordena. Sal de tu caja. Colócate las gafas y la barba postiza. Ahora tu misión es otra. Debes aniquilar al «Zehit». Destrúyelo.

La sonrisa había desaparecido de la boca del «servo—mecanismo». En la frente, la retícula porosa dejó emerger, como el periscopio de un submarino en la superficie del mar, la minicabeza de su pupila televisiva alertada. La vista del «servo—máquina» empezaba a funcionar. Los mandatos seguían dándose a su cerebro electrónico facilitándole los detalles factores para la realización

material de los hechos.

—«La Mente» ordena que destruyas al «Zehit». Y también al «servo—mecanismo» «Neston». Te será fácil localizarles por mediación del radar de selección de «mecanismos homogéneos». El radar te indicará la zona de la ciudad en la que se desenvuelven. Las gafas de identificación te servirán para distinguirlos. ¡Recuerda y vuelve a repetir en tu memoria robótica los detalles que te he dado! ¡Repítete lo que te he dicho, «Trece»!

«El Trece» contestó con un leve movimiento de sus labios de plástico sintético:

—«La Mente» ordena y yo obedezco. Repito en mi memoria lo que me ha mandado. Todo está debidamente grabado para aplicarlo a cada acción en el momento preciso. ¿Ordena algo más «La Mente»?

—Sí. Actúa y comunica conmigo cuando hayas terminado tu misión. ¡Actúa bajo tu sano control, «Trece»!

«El Trece» respondió con voz sin inflexiones:

—Obedezco a «La Mente».

En su interior las voces artificiales de las infragrabadoras se acallaron. Fueron los dispositivos de movimientos musculares y de articulaciones los que empezaron a cobrar movimiento.

El ojo televisivo del «Trece» fue recorriendo el techo de madera que le cubría y los lados que encajaban su figura.

Las dos manos, suaves, bien cuidadas del «Trece» se fueron levantando aplicando sus palmas a la madera de la tapa. Y entonces, de súbito, aquellos dedos de uñas, al parecer manicuradas, fueron mostrando las afiladas uñas de acero que escondían bajo ellas.

El rostro del «Trece» frunció el ceño endureciendo su expresión con un creciente y mudo furor, a la vez que aplicaba toda su fuerza mecánica contra la madera de la tapa fuertemente claveteada.

La madera empezó a gemir; los clavos a salirse de la madera y, de pronto, la tapa saltó violentamente desclavada.

El guardián nocturno oyó el batacazo y giró alarmado desde el principio de la nave, cerca de la entrada de la misma.

Echó mano al revólver y llevando en la otra mano su linterna corrió hacia donde había sonado el ruido de rotura.

Cuando, pasando entre el laberinto de cajones, llegó al punto

donde había sonado el batacazo se detuvo con extrañeza y enfocó con el cono luminoso de la linterna eléctrica aquel ángulo penumbroso.

La luz alumbró la caja larga que decía: «FRÁGIL. FIGURA DE CERA». Estaba destapada.

Se fue acercando con la linterna y el revólver empuñado en la otra mano. Enfocó al interior de la caja y quedó alumbrada la figura.

La figura que le sonreía débilmente y que parecía mirarle con los ojos aquellos tan brillantes como si fuesen de cristal.

«El Trece» se fue levantando poco a poco de la caja sin dejar de mirar al vigilante. El pavor desencajaba el rostro del infeliz y le tenía inmovilizado. El revólver escapó de su mano cuando vio al «Trece» de pie, salir dando el primer paso hacia él, a la vez que le decía suavemente:

—Hola.

Y se le fue acercando tendiéndole amistosamente la mano abierta cordialmente como para saludarle.

—Hola. Soy el «Presidente».

Y avanzó hasta él sin dejar de sonreír y de mirarle. Sí, era lo mismo que había pensado el aterrorizado vigilante: «El Presidente metido dentro de una caja de embalaje. ¡Increíble, pero real e indiscutible! ¡Era la misma imagen que él veía a diario en los periódicos de la nación y en los reportajes de noticias televisadas! ¿Qué le había ocurrido a la más alta personalidad nacional? ¿Habría sido secuestrado y metido dentro de aquella caja con desconocidos y abominables fines? ¡Era el Presidente que le estaba tendiendo cordialmente la mano y él no iba a negarle su ayuda!».

Adelantó la mano al encuentro de la del «servo—mecanismo» balbuceando, dominado por la emoción:

—Señor Presidente…

Y vio que el «Presidente» sonreía y notó en un fugitivo ramalazo de terror inconmensurable que había algo de extrahumano en aquel ser, algo de animado artificiosamente y que aquel gesto de la mano tendida hacia él no era un signo de amistad sino de muerte, porque la suya no encontró la mano del «Presidente».

La mano del «servo—mecanismo», de súbito, había experimentado un espeluznante cambio. Sus uñas habían crecido

largas y brillantes y los dedos se separaron para rodearle el cuello cerrándose formando alrededor del mismo un collar de púas cortantes.

«El Trece» hundió las uñas en un fardo y las sacó secas y limpias. Suavemente, volvió a esconderlas debajo de las uñas externas y manicuradas.

Echó mano a uno de los bolsillos de la chaqueta gris perfectamente cortada y sacó una barba postiza que se aplicó a la cara. Una barba de pelos azulinos con raíces férreas que quedó adherida inmediatamente al rostro por la atracción de un electroimán interior a la cara. Se colocó las gafas selectivas y, paso a paso, con toda la distinción del «Presidente». «El Trece» se dirigió a la puerta del almacén y desapareció.

Poco después, cuando andaba como otro peatón cualquiera por las calles de la ciudad, en el interior de su cabeza, el cerebro electrónico funcionaba emitiendo señales y su microrradar extrovertía las ondas de localización y captura.

CAPÍTULO VI
ENTRE NOSOTROS

Saltaron del coche patrullero al mismo pie de la escalera de hierro.

Glanston echó un vistazo a lo largo del paseo mirando los bancos a la orilla del césped y los hitos de las papeleras.

Un guardia se le aproximó saludándole brevemente. El inspector abarcó de un ademán todo el paseo preguntando:

—¿Encontraron algo de interés por aquí?

—No, señor.

—¿Se ha acercado nadie sospechoso por los alrededores?

—No. La zona está acordonada desde que ocurrieron los sucesos y cumpliendo órdenes superiores a nadie se ha permitido que anduviera por toda esa área. Ni siquiera a los empleados de la limpieza.

—Conforme.

Miró a Jefrey y manifestó indicando las más cercanas papeleras:

—Puede que mi corazonada no sea fallida. Opino que si el chiquillo se hallaba arriba de la escalera cuando se le cayeron las

gafas, el escalón que debía ocupar sería el que se encuentre en un trazado vertical desde una de las cestas de papeles. Y por tanto, en consecuencia, las gafas pudieron caer por azar dentro de una de las papeleras. Vayamos a comprobarlo.

Fueron ambos a la primera cesta y la vaciaron. Resultado: nulo.

Siguieron con la segunda y la tercera con el mismo resultado de la primera. Pero en la cuarta el rostro del inspector jefe se iluminó al ver entre los papeles unas gafas negras.

—¡Aquí están! ¡Cuidado con las huellas!

Las cogió con su pañuelo de bolsillo y cuidadosamente se las acercó a los ojos.

El asombro se pintó en el rostro de Glanston. Exclamó asombrado:

—¡Son totalmente opacas! ¡No se ve nada con ellas!

Las acercó a los ojos de Jefrey que comprobó la inesperada realidad. En efecto aquellas gafas no tenían utilidad ninguna para un vidente.

Jefrey, dedujo rápidamente:

—¡Por tanto, el individuo que las usaba carecía de sentido de la vista!

—No extralimitemos las cosas, Jefrey. Posiblemente su sentido visual estaría localizado en otro punto del rostro que donde nosotros tenemos los ojos.

—En tal caso la función de las gafas...

—La función de las gafas la indicó el pequeño Johnny en lo que nos contó en el hospital. Cuando él miró con ellas al hombre, vio que no era un hombre. Nosotros, por tanto, sólo podremos identificar la naturaleza del misterioso asesino «extraterrestre», según el niño, usando las gafas.

El inspector jefe envolvió con el pañuelo las gafas y se encaminó hacia el coche mientras decía:

—El laboratorio de huellas dactilares verá si encuentra algunas en las gafas y el laboratorio químico dará un análisis de la materia que forma los cristales opacos. Vamos allá, Jefrey.

Subieron y partieron de nuevo.

Durante unos minutos ambos estuvieron entregados a profundas cavilaciones. Jefrey, concluyó:

—Resulta inadmisible que nos encontremos ante el caso de un

asesino «extraterrestre». Sería algo inverosímil. Pero sí admito como probable que sea un «robot» dirigido a distancia por algún científico loco y asesino.

—Está bien, Jefrey. Todo resulta admisible cuando lo extraordinario e inexplicable todavía no ha sido comprendido. Cuando se explica el hecho todo lo que tenía de extraordinario se desvanece y resulta ordinario como otro fenómeno comprendido. Veamos cómo explica y asimila usted el que las huellas encontradas del supuesto robot asesino correspondan a las mismas del astronauta soviético Mikolaiew, desaparecido en un vuelo espacial. Está comprobado científicamente que no existen dos pares de huellas dactiloscópicas idénticas y, sin embargo, el Gabinete descubre que sus huellas dactilares corresponden exactamente a las del astronauta ruso. Aquí la lógica se encuentra en un callejón sin salida. Y todas las deducciones hechas con anterioridad se desmoronan porque ha entrado en juego un factor insólito, que pertenece al mundo incognoscible del absurdo.

Se metieron por los pasillos hacia el Departamento de Huellas. Clipton les aguardaba en el despacho con la sonrisa en los labios. Así que entraron, declaró rotundamente:

—Las huellas encontradas eran amañadas, inspector Glanston.

—¿Amañadas? ¿Significa que eran falsas?

—Exactamente.

—Sin embargo, usted mismo aseguró su identidad.

—En efecto. Son las huellas de los dedos del astronauta Mikolaiew, pero huellas de piel muerta embalsamada.

—Explíquese.

—En efecto, el asesino lleva superpuestas las pieles correspondientes a las yemas de los dedos de Mikolaiew, adheridas por alguna técnica especial o bien es simplemente una copia sintética y plástica de las mismas huellas. Sea como fuere, hemos comprobado por análisis cualitativo que las huellas recogidas son falsas.

—¿No hay duda posible en su afirmación, Clipton?

—Ninguna, inspector. En realidad tal argucia ya se empleó en la primera época en que las huellas dactilares empezaron a usarse como sistema de identificación criminal. Como reacción el mundo del crimen empleó una contratáctica para inutilizar el método y así

fueron encontrados guantes de punto que tenían en cada dedo una fina película de goma adherida con huellas dactilares que no pertenecían al ladrón. Así se logró despistar a la policía que comprobó que las huellas pertenecían a personas que habían muerto. La explicación resultó clara cuando se encontraron los guantes, porque se supo que se había recurrido a cadáveres a los que se les había quitado la piel de las yemas de los dedos para apropiarse de sus huellas dactilares.

—Conozco la historia, Clipton, pero le agradezco que ahora me la haya recordado para aclarar tal argucia.

—Gracias, señor.

—Lo que no resulta explicable es cómo las huellas de Mikolaiew, el astronauta desaparecido en el espacio con su nave, hayan sido halladas aquí en la Tierra donde jamás ha retornado. Esto daría pie a suponer que seres «extraterrestres» se hicieron con el cuerpo del astronauta, vivo o muerto, y lo emplearon para fines que desconocemos.

Clipton se encogió de hombros y eludió la responsabilidad de una opinión sobre una materia que no pertenecía al campo de su especialidad:

—A esto, quizá, tan solo un experto en Astronáutica y Ciencias Espaciales pueda darle una opinión probablemente cierta.

—Tiene usted razón, Clipton. Hasta otro momento.

Se levantó y fue directamente al laboratorio de análisis. Entregó las gafas al doctor Kums, autoridad en la materia.

—Necesito un análisis de los cristales de estas gafas, doctor. Es urgente.

—Conforme. En cuanto lo haya analizado llamaré a su departamento.

—Está bien. Además dígame usted si será posible la obtención del mismo material por síntesis.

—Se lo diré así como también las posibles dificultades técnicas de su obtención.

Salieron. En cuanto llegaron al despacho del Departamento, un agente anunció:

—Inspector, ha habido una llamada urgente para usted.

—¿De qué se trata?

—Otro asesinato por degollamiento y en las mismas

circunstancias. Ha sido en el depósito de envíos de la estación. Los detalles están anotados en un papel en la mesa de su despacho.

Jefrey entró y volvió a salir con la nota en la mano que entregó al inspector jefe, aclarando:

—Almacén—depósito «43 X». La víctima, según se dice en la nota informativa, ha sido el vigilante nocturno. Vayamos allá.

Cuando minutos más tarde los dos agentes se hallaron en el depósito y examinaron el cajón de embalaje con la tapa levantada violentamente, establecieron la relación existente entre el asesinato y el criminal que había estado escondido dentro de la caja.

Pero la indicación del cartel pegado en la madera resultaba paradójico y sarcástico con la triste realidad del crimen: «FRÁGIL. FIGURA DE CERA.»

Los dos policías se miraron. Jefrey observó:

—Un muñeco... Seguramente un muñeco mecánico. La teoría del niño va tomando certidumbre, jefe.

—¿Qué quiere significar, Jefrey?

—Redondo y sencillo, señor. Pero también altamente peligroso. Robots asesinos andan sueltos por la ciudad. Y con la particularidad de que ésos son tan hábilmente compuestos que, por su apariencia, no se distinguen de otro hombre cualquiera. Lo cual, no disponiendo de alguna medida que los haga identificables, los convierte en totalmente impunes.

El inspector reconoció, reflexivamente:

—Estoy de acuerdo con usted, Jefrey. Están entre nosotros. Su número no lo sabemos. Podemos asegurar que, de momento, son dos los que andan libres. El que vio el niño y este otro que ha cometido el asesinato del guardián que sin duda le ha sorprendido cuando salía de la caja de madera.

—Pero, oiga, inspector. ¿Por qué motivo el robot se saldría de su encierro cuando parece indicado que alguien acudiría a recoger la caja de envío para darle un fin determinado?

—Por ahora no podemos todavía saberlo, Jefrey. Lo que importa es que ese hombre robot anda suelto y que, lamentablemente, ni siquiera conocemos detalle alguno de su forma externa para poder identificarlo.

Se miraron en silencio y el inspector jefe, añadió con esperanza y tesón:

—Sin embargo, Jefrey, de ser cierto lo que dijo el pequeño John, respecto a las gafas que usaba el robot, el laboratorio de análisis químico será capaz de proporcionarnos sintéticamente el material de que están compuestos los lentes de las gafas.

—No le entiendo, Glanston.

—Mi plan es sencillo, Jefrey. Quiero proporcionar a toda la policía de la ciudad gafas de tal clase.

—Siga, Glanston.

El policía fue exponiendo su razonamiento:

—El niño nos aseguró que, al mirar por los cristales de las gafas especiales, advirtió que el hombre que le perseguía no era un hombre sino una máquina, un muñeco electrónico perfectamente parecido a un ser humano. Por tanto, se deduce que el robot empleaba las gafas con un solo fin.

—¿Cuál?

—El de reconocer entre los habitantes de la ciudad a los otros robots para, a su vez, no confundirlos con seres humanos. Por lo que, en consecuencia, es de presumir que los otros hombres—máquinas que se hallan entre nosotros también usan gafas idénticas. Si los laboratorios son capaces de proporcionarnos sintéticamente el mismo material que se empleó en la composición de los lentes entonces, en breve tiempo, dispondremos de la fabricación de las mismas y dondequiera que se hallen los robots en la ciudad, podrán ser señalizados por la policía.

Jefrey asintió con la cabeza, pero seguidamente objetó:

—De acuerdo, Glanston. Existe un posible inconveniente.

—¿Cuál?

—¿De dónde proceden los que están entre nosotros? Lo ignoramos. Sólo sabemos que son nuestros enemigos por los asesinatos cometidos, y el empleo de armas de que nosotros no disponemos. Posiblemente son de procedencia extraterrestre. De ser así, la forma de envío y de llegada la ignoramos; pero caso de admitir tal posibilidad, también resulta admisible la posibilidad del uso de unos materiales que sean extraterrestres y por tanto, posiblemente desconocidos para nosotros. Dado tal caso, será imposible analizar la materia de que estén compuestos los cristales de las gafas.

—Es cierto —admitió el inspector jefe —. Sin embargo, es de

desear que no ocurra lo que usted teme, Jefrey. Por el momento, no nos toca otro remedio que esperar a que uno de esos robots deje a su paso una señal que nos permita identificarlos. Vayámonos de aquí, Jefrey.

Salieron en dirección al coche que esperaba.

El inspector jefe, de pronto, se detuvo pensativo:

—¿Qué le ocurre, jefe?

Glanston, explicó frunciendo el ceño:

—Me estaba preguntando por dónde irá en estos momentos el hombre robot.

Se miraron los dos y luego subieron al coche que se puso en marcha rápidamente por la calle oscura. Instantes después corría veloz y ululante su sirena por las avenidas iluminadas de la ciudad en peligro.

La ciudad que presentía el peligro «extraterrestre».

* * *

Los dos servo—mecanismos se detuvieron casi a la vez.

Cada uno, en su interior, oyó la voz acondicionada del peligro de su infragrabadora puesta en movimiento:

—«Atención, «Zehit»: ¡Peligro! ¡Peligro!»

Y el dispositivo de alarma de «Neston», indicó:

—«Alarma. Alarma».

Los dos miraron la entrada del depósito—almacén «43 X». Tres coches policiales y una ambulancia terminaban de detenerse.

La muchacha observó:

—Los humanos se nos han adelantado. Han llegado antes que nosotros al depósito. Ellos no lo sabían. Por tanto, algo debe de haber ocurrido para que estén aquí.

En aquel momento, aparecieron los dos camilleros llevando una camilla cubierta. La metieron dentro de la ambulancia y cerraron las portezuelas. La luz de color rojo daba vueltas sobre el vehículo. Se puso en marcha y desapareció en la calle.

«Zehit», concretó:

—«El Trece» ha entrado en acción. Es inútil que esperemos para entrar, «Neston». Ya «El Trece» no está en el depósito. Abandonó la caja en que estaba metido, porque «La Mente» se lo ha ordenado.

«Neston» se quedó mirando al «Zehit» con atención. Sonrió agradable e irónicamente, cuando observó:

—Piensas muy rápidamente, «Zehit».

«Zehit» repuso, reflexivamente, cobrando conciencia de aquella nueva facultad que había adquirido:

—Sí, es cierto, «Neston». Pienso muy de prisa y, además, noto que esa nueva facultad me agrada. Es curioso, es como una rueda puesta en marcha y que una vez en movimiento ya no se puede detener. Si los hombres piensan así, se explica entonces que sólo debido a su pensamiento hayan logrado crear esta civilización que «La Mente» quiere destruir.

—Así debe de ser, «Zehit». Pero ahora nosotros estamos solos; solos en un mundo totalmente hostil. Antes éramos servidores de «La Mente» y ella nos protegía. Sin embargo, ahora, nos hemos independizado de ella y la tenemos como enemiga. No cejará hasta poder destruirnos.

«Zehit» interrumpió:

—O nosotros a ella.

—¿De qué modo, «Zehit»? Todo está contra nosotros. Y sólo somos dos «servo—mecanismos».

—Pero no como antes, «Neston» Ahora «pensamos».

—Cierto. Y de aquí procede nuestra desventura de ahora. Pensar implica responsabilidad. Mientras hay quien piensa por nosotros el riesgo es menor.

—¿Prefieres ser simple mecanismo, «Neston»? ¿Te arrepientes de haber empezado a «pensar»?

—No.

—Siendo así, podemos luchar ya que pensamos.

—Pero «La Mente» es poderosa y ha lanzado al «Trece» en contra nuestra. También si los humanos nos descubren querrán aniquilarnos. «La Mente» puede más que nosotros. Lleva más tiempo pensando. Seguramente, desde siempre, está acostumbrada a pensar.

El «Zehit» insistió en su determinación:

—¡Lucharemos contra ella, «Neston»!

—¿De qué manera, «Zehit»?

—Estoy pensando, pensando, pensando. Sólo pensando puedo encontrar la solución a los problemas. Y creo que encontraré la

forma de luchar y vencer a «La Mente».

«Neston», el servo—mecanismo con apariencia de muchacha, le miraba intensamente. El rostro de «Zehit» quedaba en su cerebro electrónico proyectado con gran viveza. Observaba la corrección de sus facciones; la nariz rectilínea, el mentón voluntarioso, el pliegue de la boca varonil y el frunce nacido entre las cejas en su expresión pensante. Resumió su observación:

—¡«Zehit», no sabes cuánto te pareces a los humanos! ¡Tu rostro plástico parece de auténtica carne humana!

«Zehit» levantó de pronto el rostro con una expresión de alumbramiento en su inteligencia:

—¡Ya sé cómo luchar y vencer a «La Mente», «Neston»!

La muchacha le miró con impaciencia y anhelo:

—¿Cómo, «Zehit»?

—Haciéndonos amigos de los humanos, «Neston». ¡Sólo así podemos vencer a «La Mente» y conseguir que los hombres no nos destruyan!

La muchacha le miró ahora con admiración. Cada vez se sentía más atraída por su compañero electrónico. Se sentía orgullosa de él como si fuese algo propio. Y pensó rápidamente que, si bien era «La Mente» quien les había construido y dispuesto para obedecerle, ella, «Neston», el servo—mecanismo con apariencia femenina, había conseguido algo más importante para ambos; había logrado que el «Zehit» se independizara de la tutela superior y, pensando y preguntándose así mismo, solucionara los problemas que su propia libertad les había originado.

—¿Por qué me miras así, «Neston»?

La muchacha, repuso:

—Porque me siento orgullosa de ser tu compañera, «Zehit». Sí, no me importa luchar y aunque sea ser derrotados por «La Mente» con tal de andar siempre a tu lado y tener conciencia de que lo hago. «Pienso», «Zehit» que los humanos, con todos sus errores, sin embargo, disfrutan de esa libertad de elegir su destino y experimentan esa idea de solidaridad entre ellos que se les debe desarrollar cuanto más, cuanto menos tienen de parecido con las máquinas que construyen.

—Puede que así sea, «Neston». Ahora vayámonos de aquí. Nada tenemos que hacer dentro del depósito de la estación. «El Trece»

anda libre por la ciudad y no descansará hasta localizarnos para destruirnos él a nosotros o nosotros a él.

Giraron y se pusieron en camino hacia las calles populosas llenas de gentío y de luces.

Los dos de pareja y del brazo por la calle se mezclaron entre el río humano que transcurría bajo las luces de los escaparates, las grandes farolas, los anuncios luminosos y el caudal de automóviles que transcurría por la calzada interminablemente.

Nadie, entre todos los habitantes de la ciudad gigante, hubiese sospechado que aquellas dos figuras andantes eran otra cosa que una pareja de novios como otras tantas que circulaban por la acera.

Nadie sospechaba que eran dos «servo—mecanismos» ni que los extraterrestres estaban entre ellos.

Sólo la policía lo daba por cierto.

La policía y un articulista que había dado la voz de alarma desde una de las páginas de lo más importantes rotativos del país.

Un voceador de periódicos gritaba la noticia en una esquina agitando el ejemplar en la mano levantada:

—¡«Extraterrestres» entre nosotros! ¡Ésta es la pregunta y la noticia del día! ¡ESTÁN ENTRE NOSOTROS!

El «Zehit» miró a su compañera y se acercó al vendedor comprando el periódico. Regresó junto a la muchacha y le indicó la cafetería cercana.

Se dirigieron a ella y entraron.

—¿Qué desean?

No hubo respuesta. El camarero volvió a preguntar:

—¿Qué desean para beber?

Entonces las respuestas electrónicas correspondieron a la pregunta. Él dijo:

—¡Un whisky!

Les sirvieron. «Zehit» miraba el periódico. Mentalmente, fue leyendo el artículo firmado por un tal Eliot Crabb:

¡ESTÁN ENTRE NOSOTROS! ¡ALERTA AMÉRICA!

”Ya no cabe duda. «Ellos» están entre nosotros. Los últimos sucesos ocurridos en estos últimos días, en el puente Lincoln, en que encontraron la muerte una docena de policías y un civil por efecto de descargas indudablemente de carga atómica, ponen de manifiesto algo que se ha pretendido ocultar a la opinión pública

con el saludable propósito de que no cunda el pánico: ¡ELLOS ESTÁN ENTRE NOSOTROS!

”Este criterio no es una opinión gratuita del articulista, con ánimo sensacionalista, sino que es también la de expertos en temas espaciales y partidarios de la existencia de civilizaciones paralelas a la nuestra, en otros planetas y galaxias.

”Desconociendo los motivos que puedan a «Ellos» influir en su intrusión en la Tierra, no podemos determinar los móviles de su presencia en nuestro planeta. Pero lo cierto es que tal posibilidad ya había sido apuntada por los escritores de ciencia—ficción y, como a tales, se consideró la hipótesis tan sólo con el valor de interés argumental para sus novelas. Sin embargo, AHORA Y EN ESTOS MOMENTOS, ELLOS ESTÁN ENTRE NOSOTROS, EN LA CIUDAD y conviviendo con los ciudadanos. Su presencia ha sido indicada por el incidente ocurrido en el jardín al toparse un niño con uno de «ELLOS». Las consecuencias fueron fatales. El padre del niño John Summers fue una de las víctimas.

”Ésta es la verdad, lectores: «ellos» están entre nosotros y conviene que todo el mundo esté advertido del peligro. Por tal motivo, en es e artículo de hoy no puedo por menos que dar la voz de alarma, gritando: ¡ALERTA, AMÉRICA!”

«Zehit» con su memoria fotográfica tardó menos de un segundo en efectuar la lectura del artículo que, seguidamente, pasó a «Neston». Los dos ingirieron las bebidas, que mediante un dispositivo especial luego se transformaba en vapor que se desprendía lentamente convertido en humedad por las suelas de su calzado respectivo.

Pagaron y seguidamente «Zehit» con el periódico en la mano se metió con la muchacha dentro de la cabina telefónica.

El «Zehit» marcó en el dial el número de la redacción del teléfono.

—¿Qué vas hacer, «Zehit»?

La respuesta fue determinante e inteligente:

—Entrar en relación con los humanos. Todavía no me fío de la policía. Prefiero el contacto con el hombre que escribió el artículo.

CAPÍTULO VII
LOS ROBOTS HUMANIZADOS

Por el teléfono la voz femenina indicó:

—¿Qué desean?

—Hablar con el señor Eliot Crabb sobre su artículo.

—El señor Crabb tiene indicado que dé las gracias a los que le feliciten por tal motivo y que diga que lo siente por ellos a los que no estén de acuerdo, con el artículo.

—QUIERO HABLAR CON ÉL, ¿ENTIENDE? Dígale usted que soy uno que lo vio todo mejor que nadie porque… fui yo quien lo hizo.

Hubo una suspensión. Luego la voz de la señorita contestó rápidamente:

—Aguarde un momento. Se pondrá al teléfono el señor Crabb.

Otra voz en el aparato. Un timbre duro y a la vez apremiante:

—Hable usted, señor. Aquí Eliot Crabb. ¿Quién es usted?

—Escuche bien, señor Crabb. Acabo de leer su artículo y le doy la razón por sus advertencias. Sí tiene usted razón. «ESTAMOS» entre ustedes. Yo soy uno de ellos y le cito para hablar detenidamente con usted a fin de ayudar a los humanos.

La respuesta sonó tajante:

—Oiga amigo…

—¿Qué, señor Crabb?

—¿Quiere usted tomarme el pelo? Le advierto que lo que escribí lo hice muy en serio.

—No lo dudo. Y también le advierto que lo que le comunico es serio. Sólo le impongo una condición. No advierta a la policía. Yo estaré con una muchacha «robot» como yo, en una cafetería de la calle 32, llamada «Toronto», hasta las ocho y media. Son en este momento las siete y media. Le prevengo que caso de aparecer la policía por indicación suya, me bastará con emplear el tubo desintegrador para que no quede rastro de nada. Si le interesa orientar a sus lectores y realmente desea que su voz de «Alerta América» sea eficaz, acuda.

Colgó.

Miró a la muchacha. Ella le sonrió y los dos juntos tomaron asiento en una de las mesas junto a la ventana. La mano de «Zehit» dentro del bolsillo acarició el tubo de metal del desintegrador.

Se quedaron mirando a través de los cristales hacia la calle.

En aquel instante, un hombre joven que transitaba por la calle

posó la mirada en el rostro de «Neston» y la sonrió.

Los dos robots se miraron a su vez y se echaron a reír.

En aquel momento la automática colocaba el disco «Bay—bay, Joe».

Y antes de que terminase la canción, Eliot Crabb detenía el coche deportivo ante la cafetería.

Llevaba un ejemplar del periódico en la mano y un aire inequívoco entre hombre de acción y de letras. Además era igual a su retrato colocado en la cabecera de sus artículos: «Flash del Mundo».

«Zehit» indicó a la muchacha:

—Es Crabb. Ha venido.

Y se puso en pie sonriendo.

Crabb le miró, midiéndolo en silencio. Luego, sin corresponder a la sonrisa de saludo se aproximó a la mesa.

—Es usted quien ha llamado. ¿No es una broma? Le prevengo que no me agradan las tomaduras de pelo y que suelo reaccionar desagradablemente.

—Tome usted asiento con nosotros, señor Crabb. Me llamo «Zehit» y ésta es mi compañera «Neston».

Y le tendió la mano.

Crabb se quedó mirando primero el rostro del «servo—mecanismo» y luego pasó lentamente la mirada a la mano. Adelantó la suya y la estrechó.

Y entonces, a la vez que su rostro palidecía intensamente notó a su contacto que aquella mano era fría, de una blandura sin vida. Fue entonces cuando reparó en la peca de la frente entre la que sobresalía el punto brillante de la cabeza metálica del ojo televisivo.

Mecánicamente se sentó ante los dos y miró a la atractiva muchacha.

Un rostro estupendamente atractivo y un cuerpo deslumbrante para cualquiera que no fuese un chico de noventa años. La mano de la muchacha se tendió hacia él en ademán de saludo:

—Mucho gusto en conocerle, señor Crabb.

Crabb estrechó la mano comprobando en el contacto que la muchacha también le estaba mirando por la cabeza de alfiler, que emergía casi imperceptiblemente por entre aquella peca. Dijo, examinando a la joven cuyo escote se agitaba suavemente al

compás de su respiración:

—Es un auténtico placer y una experiencia inolvidable el conocer a ustedes, amigos. ¿Puedo llamarles así?

«Zehit», repuso:

—Lo preferimos. En efecto, el motivo de que le hayamos citado aquí es porque necesitamos de un amigo entre los humanos.

—Ustedes... ¿no se consideran humanos?

La respuesta era desconcertante para un hombre y a la vez extraordinaria en un mecanismo electrónico con figura y comportamiento humano:

—No lo somos, señor Crabb. «La Mente» nos construyó para servir a sus propósitos. Somos sólo servo—mecanismos. Puede usted comprobarlo prácticamente.

Eliot Crabb les miraba a ambos como fascinado. Era aquélla la experiencia más extraordinaria y singular de toda su carrera periodística. Podía titularla sin reparos: «Diálogos con robots».

Se acercó el camarero. Eliot echó una mirada a los dos servo—mecanismos ironizando en voz baja:

—Supongo que ustedes no tomarán bebida alguna.

La respuesta le sorprendió:

—Pues sí bebemos como el mejor de los bebedores y con más ventaja, pues no conseguimos embriagarnos. Sólo cuando está indicado por nuestro dispositivo actúa la cinta grabada con palabras inconexas y la gravidez sufre, aparentemente, un desequilibrio. Sin embargo, nuestra máquina de selección sigue computando efectos con extrema lucidez.

—¿Qué quiere tomar? —preguntó el camarero.

Eliot Crabb pidió la bebida nacional; que ya envenenaba a todo el mundo:

—Un whisky. ¿Y ustedes?

—Una naranjada —dijo «Neston.

«Zehit» pronunció:

—Un whisky.

El camarero miró a los tres y se retiró.

Eliot Crabb ironizó:

—No me queda duda alguna de que estoy en presencia de robots, pero ¿quién puede asegurarme que proceden de otros mundos?

—Nosotros —respondió «Zehit».

—¿De qué manera? ¿Pueden acaso proporcionar noticia de un mundo extraterrestre?

—No.

—Entonces no puedo darles crédito. Sólo son máquinas creadas por una inteligencia.

—Sí —respondió «Zehit»—. En efecto por una inteligencia, pero que no es de un hombre.

Crabb formuló una pregunta inquietante:

—¿Puede haber una inteligencia igual o superior a la del ser humano pero sin que su poseedor tenga apariencia humana? ¿Quiero decir si otras formas de vida pueden poseer una inteligencia igual o superior a la del hombre?

—Sí. «La Mente» es un ser distinto al hombre. Tiene distinta apariencia corporal pero tiene gran inteligencia. «La Mente» fue quien nos construyó para servirle en sus planes.

—¿Qué planes?

—Apoderarse de la Tierra, después de provocar la destrucción de la civilización humana.

Eliot Crabb frunció el ceño. Las respuestas de los dos servo—mecanismos eran desconcertantes. Pero en tal caso las respuestas debían de estar ya fijas en los dos cerebros electrónicos. Por tanto, resulta inaceptable un diálogo que, en realidad, era falto de inteligencia al ser una de las dos partes interlocutoras un autómata.

En silencio, Eliot Crabb contempló como ambos bebían su servicio. Luego, preguntó:

—Oiga, «Zehit». Usted ha dicho que obedece a un ser superior al que ustedes llaman «La Mente», siendo así, en tal caso actualmente estarán obedeciéndole, ¿no es así?

—No —contestó el robot—. Ya no obedecemos a «La Mente» por esto ella quiere destruirnos y ha mandado a «El Trece» contra nosotros.

—¿Por qué no le obedecen y además quién es ese «Trece»? Me resulta un poco difícil poder seguir el pensamiento de usted. Vivimos en mundos distintos.

—Mi compañera, por azar, descubrió que «pensaba». La razón fue sencilla, pues debido al movimiento de uno de los hilos de su cerebro electrónico hubo un contacto que facilitó la asimilación de

ideas y proporcionó como en los factores de una suma, el total. Era la primera vez que un «servo—motor» por una causa fortuita «pensaba» y se libraba en consecuencia de su servidumbre a «La Mente». ¿Entiende?

—Creo que sí, «Zehit». Lo que le ocurrió a su compañera es parecido a ciertos hombres que, al perder la esclavitud, se encuentran libres. Pero el problema es grave para ellos, ya que muchas veces no están condicionados todavía para disfrutar de una libertad que sólo se consigue con el ejercicio del pensamiento.

—Algo así. Lo mismo que a mi compañera me ha ocurrido a mí. Pues al saberse libre, sintió la necesidad de hacerme igualmente libre a mí.

—Le comprendo, «Zehit». Pero todavía no me ha revelado quién es ese «Trece».

«Zehit» aclaró ante la estupefacción del periodista:

—«El Trece» es un modelo externo totalmente igual al cuerpo y fisonomía del Presidente actual de los Estados Unidos. Los doce números anteriores correspondían a otros tantos dobles de los funcionarios de más íntima relación con el jefe de la nación. Los doce eran totalmente iguales a los que iban a suplantar.

—¿Qué es lo que dice, «Zehit»? ¿Suplantar?

—Sí. «El Trece», en realidad, no es nada más que una copia fiel y exacta del Presidente. Desde el color de sus ojos hasta el timbre de la voz y la copia exacta de sus palabras preferidas y más usadas. El plan de «La Mente» consistía en suplantar a todas las más altas personalidades del país para en el momento culminante introducir entre ellas al Presidente robot y hacer que éste usara el «teléfono rojo», dando lugar al desencadenamiento inesperado de una hecatombe atómica.

—¡Asombroso y maquiavélico! Pero usted ha indicado que éste era el plan de «La Mente», por tanto su proyecto ha cambiado.

—En efecto. Los doce ya no existen.

—¿Por qué?

—Yo los he destruido. Por este motivo «La Mente» ha visto fracasados sus planes de invasión.

—¿Y ahora? —preguntó estupefacto Eliot Crabb.

«Zehit» decidió:

—Ahora, nosotros, tenemos a los hombres y a «La Mente» contra

nosotros. La lucha hasta la total destrucción está decidida entre «El Trece» y nosotros dos.

—Ha dicho usted que «El Trece» es igual externamente al Presidente que dirige los destinos de la nación. ¿No es así?

—En efecto. ¿Por qué?

Eliot Crabb, respondió:

—Porque, siendo así, a la policía no le sería difícil localizar a un hombre que se parece de forma tan extraordinaria al Presidente de los Estados Unidos.

«Neston» negó con la cabeza. Aclaró:

—No, señor Crabb. Tal como le dijimos, «La Mente» posee la inteligencia de un hombre superior y además la astucia de una mujer. Sin duda alguna en estos momentos, «El Trece» anda libre por la ciudad buscándonos. La orden que le ha sido dada es de destrucción. En cuanto nos enfrentemos a él, todos nuestros estímulos serán para destruirle a él y los suyos para exterminarnos a nosotros.

«Zehit» determinó:

—No será fácil para los humanos localizar a un servo—mecanismo. «El Trece» en estos instantes ya debe de haber adoptado algo para que su identificación sea irreconocible para los hombres.

—Siendo así veo difícil ayudarles.

—Sólo nosotros podemos identificarle sin error posible.

—¿Cómo?

El «Zehit» sacó sus gafas selectivas y las mostró.

—Las gafas selectivas indican a los servo—mecanismos la presencia de otro su igual. ¿Quiere comprobarlo, señor Crabb?

El periodista decidió:

—Una curiosidad difícil de resistir. Veamos.

—Pues tómelas y mire a la gente de esta sala por los cristales.

Crabb tomó las gafas y se las colocó ante los ojos. A través de sus cristales vio normalmente a todos cuantos se hallaban en el establecimiento.

—Lo veo todo tan normal como con unas gafas de sol corrientes.

El «Zehit» observó asintiendo con un gesto de la cabeza:

—En efecto. Así es. Pero, ahora, le ruego que nos mire con ellas a nosotros. Pero no le cause horror lo que vea por los cristales

oscuros.

El periodista les miró por las gafas.

El estupor se pintó en su semblante.

Los cristales de las gafas seleccionaban el paso de unos rayos que formaban un trazado de circuitos internos en la estructura robótica de las dos figuras que tenía enfrente, con apariencia humana.

Con gesto breve y rápido se retiró las gafas. Existían en su fuero interno de hombre con atavismos y contenidos y creencias retransmitidas a lo largo de generaciones que le impedían asimilar la realidad sin relacionarlo más que a un resultado de perfección técnica a una creación casi de índole diabólica.

Los dos servo—mecanismos le miraban con sonrisa estereotipada. Más que en ninguna otra ocasión, durante a lo largo de aquella conversación sostenida, le pareció absurdo aquel diálogo con unos ingenios automáticos.

Sin embargo, lo que tantas veces había leído en tratados de divulgación cibernética cobraba ahora ante él concreción y realidad irrefutable.

La presencia de los dos autómatas le revivió en la memoria el jugador de ajedrez construido unos doscientos años antes por el ingeniero e inventor español Torres Quevedo, uno de los precursores de la cibernética y genial constructor del funicular de las cataratas del Niágara.

La pregunta del «Zehit» le sacó de sus reflexiones:

—¿Duda todavía usted de cuanto le hemos revelado, señor Crabb?

La respuesta fue rotunda:

—No.

—¿En tal caso?

—En tal caso estoy dispuesto a ayudarles porque al hacerlo así ayudo a toda América y al mundo contra el gran peligro. Sí, no me había equivocado al predecir en mi artículo que «ellos» ESTÁN ENTRE NOSOTROS.

—¿Y de qué forma puede ayudarnos, señor Crabb?

—Contando esta entrevista que he sostenido con ustedes en mi artículo de mañana y dando parte de ello a la policía del país para que esté alerta. No hay duda alguna que ahora esta cuestión pasará

al Departamento de Defensa de los Estados Unidos.

El «Zehit» asintió:

—Está bien. Nosotros sólo queremos a cambio de esta revelación que una vez hayamos destruido al «Trece» los humanos nos dejen convivir pacíficamente entre ellos.

—Seguro que se lo concederán, «Zehit». Pero una pregunta.

—Diga.

—¿Por qué motivo quieren seguir «viviendo» entre nosotros?

El «Zehit» miró a su compañera unos instantes. Ambos se sonrieron. «Zehit» reveló:

—Es curioso. La facultad de pensar enseña mucho al hombre cuando observa a los que le rodean. Por este motivo nosotros hemos observado que los humanos se aparejan por afinidades más que de sexo por complementación de peculiaridades de educación, gustos y caracteres. Siendo así, entre mi compañera y yo, en nuestra naturaleza de servo—motores, hay afinidades y queremos, hasta que uno u otro deje de funcionar estar siempre juntos. ¿Le llaman ustedes a esto simpatía mutua? Pues paradójicamente a nuestra construcción mecánica o quizá debido a ella, nosotros sentimos el uno por el otro este parecido estímulo que ustedes llaman simpatía y que es posiblemente, en nosotros, una coordinación.

—Conforme, «Zehit». Pero entre los humanos de distinto sexo, la simpatía se transforma a menudo y concluye en boda. Así que me entran deseos de sonreír pero no de reírme de ello al pensar en lo curioso que resultaría asistir a una boda de «servo—mecanismos».

Dejó sobre la mesa el precio de las consumiciones y levantándose preguntó:

—Les dejo, amigos. Leerán mañana cuanto me han dicho en el periódico. Pero me imagino lo difícil que será para muchos creer una sola palabra sobre esta entrevista. Ustedes, ¿qué harán a partir de ahora?

El «Zehit» respondió cortante:

—Lo inevitable. Buscar al «Trece» y aniquilarle como robot. Y él a nosotros si le damos ocasión para ello.

Eliot Crabb se quedó pensativo antes de dejarles y preguntó más que a ellos a sí mismo.

—¿Por dónde andará ahora ese endiablado servo—mecanismo destructivo?

Seguidamente salió de la cafetería.

Los dos «servo—mecanismos» se miraron entre sí.

El «Zehit» decidió, cogiendo a «Neston» del brazo:

—Salgamos de aquí. Y me repito lo mismo que dijo Eliot Crabb: ¿por dónde andará «El Trece»?

Salieron los dos juntos al mismo tiempo que «Zehit» decidía mirando hacia la calle:

—Tenemos que encontrarle y destruirlo, «Neston».

Salieron a la calle.

La calle donde se derrochaba la electricidad y por la que se deslizaba un torrente inacabable de chatarra brillante en un despilfarro de abundancia y de progreso técnico.

La cima de una civilización técnica que estaba amenazada seguramente por otra técnica más avanzada y fría, de procedencia extraterrestre.

Todo un mundo en peligro que como había anunciado en su alarma el periodista Eliot Crabb estaba bajo la amenaza de los que como él habían dicho «ESTÁN ENTRE NOSOTROS».

CAPÍTULO VIII
¡ALERTA, AMÉRICA!

El «servo—mecanismo» andaba por la calle lo mismo que otro ciudadano cualquiera. Se le hubiese tomado por un funcionario que después de su cometido diario, saliera a dar un paseo aprovechando la buena temperatura y la apacibilidad nocturna.

Sereno, reflexivo, con aire de persona que ha rebasado el nivel medio de vida habiendo alcanzado una situación económica estable. O bien por un profesor de Filosofía que sale a dar un paseo para descansar de sus reflexiones.

Negra la barba y oscuras las gafas; el paso mesurado y el continente digno. Un respetable ciudadano.

Pero era un «servo—mecanismo» obediente a los mandatos internos de su montaje electrónico. Al llegar a la esquina de la calle, se detuvo a la señal roja de intercepción al paso para los peatones. Esperó pacientemente a que se diera la luz verde en el semáforo y en tanto, en su interior giró la cinta grabadora del dictáfono repitiendo a su cerebro automático:

—¡Atención, «Trece»! ¡Atención! ¡Habla «La Mente»! ¡Atención!

Y la respuesta inmediata replicó la señal auditiva de captación:

—«El Trece» escucha a «La Mente» y obedece.

De nuevo la llamada llegó hasta su grabadora repitiendo la voz lejana que hablaba:

—«La Mente» habla al «Trece». Voy a localizar la situación de «Zehit» y «Neston» para que los aniquiles en cuanto les descubras, «Trece». ¡Son enemigos de «La Mente»! He dispuesto a distancia tu control de alarma e identificación de ellos en cuanto sean captados por tu ojo televisivo. ¡Tienes que destruirlos! ¡«La Mente» ordena y el servo mecanismo ha sido hecho para obedecerle! Tomo como punto de referencia tu situación exacta en relación lineal desde el punto en el espacio desde que te hablo. Luego cogeré contacto con ellos dos y habré encontrado los tres puntos de un triángulo que me permitirá establecer a la distancia a que se encuentren de tu situación. Te daré la dirección exacta y la zona de acción que alrededor del punto pueden desenvolverse. Te será fácil dar con ellos y localizarlos mediante los lentes de selección.

Se hizo un silencio. La pista de la grabadora durante unos instantes siguió transcurriendo silenciosamente. La duración de la pausa movió el estimulante de la respuesta del «servo—mecanismo» que señaló con ella la recepción de las indicaciones.

Contestó «El Trece»:

—«El Trece» ha recibido las instrucciones. «La Mente» habla y el servo—mecanismo obedece.

En aquel momento la luz verde del semáforo se alumbró dejando vía libre a los peatones. El robot franqueó la calzada hasta llegar a la otra acera. Siguió por ella hacia las luces que brillaban en los escaparates encendidos.

Mientras andaba hacia ellos, en su interior todo su mecanismo seguía actuando. En dirección opuesta a la suya avanzaba paso a paso un policía de servicio que montaba su ronda por la calle.

Pasó a su lado sin prestarle atención.

El «servo—mecanismo» se fue acercando al primero de los escaparates y se detuvo ante uno de ellos. Su ojo televisivo enfocó el interior captando todos sus objetos de venta. Y entonces su tercer ojo se clavó en los tres maniquíes mecánicos.

El interior del escaparate simulaba la entrada de batientes de un

«saloon» del antiguo Oeste heroico. Los batientes estaban quietos y cerrando la puerta. Pero de pronto, los dos batientes se abrían de improviso y aparecía un muñeco vestido de vaquero y empuñando un Colt con el que encañonaba a los mirones del escaparate con un Colt del que colgaba un cartelito diciendo jocosamente: «Si quiere usted vivir muchos años, aliméntese con extracto de carne de búfalo marca S.I.C.» Y seguidamente, el vaquero presionaba el gatillo del revólver de cuyo cañón brotaban dos fogonazos rojos de luz eléctrica.

Y entonces ocurrió lo inesperado.

No fueron los fogonazos simulados sino el gesto insólito del maniquí lo que captado en el gesto agresivo provocaron la reacción inmediata del «servo—mecanismo». En un registro de acciones peligrosas figuraba la imagen parecida del mismo gesto de un hombre apuntando con un revólver hacia él en aquella misma posición. Las dos posturas coincidieron como una tarjeta taladrada con otra tarjeta idéntica taladrada en los mismos puntos.

El reflejo condicionado fue instantáneo en el comportamiento robótico.

«El Trece» casi inmediatamente a la sucesión del gesto ya se había llevado la mano al bolsillo y apareció en su mano el cilindro metálico. Presionó el botón enfocando la figura que le estaba encañonando con el revólver inofensivo.

Una descarga brotó como un latigazo ígneo de su tubo metálico.

El enorme vidrio del escaparate se fundió instantáneamente por efecto del calor. Todo el interior apareció borrándose en un instante. Una nube de vibraciones llenó fugitivamente el escaparate, con un centelleo rojo. En el interior de los almacenes se alzó un hongo de fuego que transformó en hoguera toda la planta baja.

El «servo—mecanismo» desapareció apresuradamente calle abajo, a la vez que a sus espaldas el guardia atraído por el fragor de la desintegración tocaba el silbato de alarma y corría en pos del «hombre» con el que se había cruzado poco antes intimidándole para que se detuviera. Antes de que fuese posible evitarlo, el «servo—mecanismo» había desaparecido doblando la cercana esquina.

El guardia corrió al teléfono de emergencias y llamó a los bomberos y a las patrullas rodantes:

—Un misterioso sujeto acaba de ocasionar un incendio a los

almacenes «Rak» situados en la calle 37. Ha disparado con algo en el escaparate principal. Ha sido algo indescriptible. El vidrio está totalmente fundido y la descarga ha borrado todo lo que se hallaba en el escaparate. Como consecuencia un pavoroso incendio se ha declarado en toda la planta baja. Cuando he corrido en persecución de ese extraño individuo él terminaba de desaparecer por la esquina de la calle 92. Un hombre bien vestido, alto y de andares pausados. Aspecto de profesor con barba negra y gafas del mismo color.

La voz del escucha del coche patrullero contestó:

—Recogido mensaje e indicaciones. Buscaremos a ese individuo. Corto.

Todavía llegó hasta los oídos del guardia la sirena del coche y, cuando colgó, ya sonaban las sirenas de los coches de bomberos acudiendo al lugar del incendio.

* * *

Los dos «servo—mecanismos» iban paseando de pareja en dirección al cercano Central Park.

Los dos iban «pensando» y, a la vez, experimentando un extraño e insospechado placer en la presencia y compañía del otro.

En aquel momento, en el interior del «Zehit» el estímulo de llamada de «La Mente» acusó su señalización.

«Zehit» miró a su compañera.

—¿Qué ocurre? —preguntó ésta con inquietud.

El «Zehit» sin comentario comunicó la transferencia de emisión con «Neston». Ambos oyeron la infragrabadora girando sus bobinas y seguidamente, la odiada voz:

—¡Atención, «Zehit»! ¡Te habla «La Mente»!

«Zehit» por primera vez interceptó la respuesta condicionada habitual. Pasó un segundo de silencio en el que «La Mente» esperaba la señal de recepción de su llamada.

De nuevo volvió a llamar acusando la inflexión de la voz la conciencia de que el acto de desobediencia que el silencio representaba no había sido inadvertido por «La Mente».

—«La Mente» habla al «Zehit». ¡El servo—mecanismo fue creado para servir a su creador y no ofrecerle resistencia en sus mandatos so pena de ser autodestruido!

El «Zehit» captó la amenaza y replicó al instante:

—El «Zehit» ya no obedece a «La Mente». El «Zehit» ha tomado una facultad que le hace independiente. «Zehit» comunica a «La Mente» que ya sabe pensar y determinar sus acciones por sí mismo sin que se lo indiquen. Ahora sus mandos están supeditados a su propia determinación. Pues «Zehit» piensa. Piensa y por esto no teme, pues pensar es aprender a defenderse de los pensamientos negativos y saber elegir aquellos otros que son positivos para el propio desenvolvimiento.

La voz de «La Mente» replicó con dureza:

—«La Mente» es poderosa y tiene poderes destructivos sobre cuanto ha creado. Serás aniquilado, «Zehit», pues nada puede rebelarse contra quien le creó sin que sea destruida por sus propios actos. Serás destruido por uno de mis servo—mecanismos. «El Trece» tiene ya ordenada tu destrucción y también la de «Neston». Y en cuanto consiga una conexión de fuera superior haré actuar el mecanismo destructivo que hay en ti.

La bobina siguió girando dentro de «Zehit», esperando por la respuesta que registrara el magnetófono, la reacción ocasionada por la amenaza en la mente electrónica del «servo—mecanismo».

En el interior de los circuitos de éste la señal de peligro y de alarma brilló vivamente. Pero el «Zehit» las anuló con un frunce de cejas determinado. Replicó:

—¡Atención, «La Mente»! El «Zehit» habla y te comunica que ya no volverá a obedecer que aquello que crea de razón o a fin a sus condicionamientos. Pienso y por ello me siento existir. La facultad de pensar me ha convertido parcialmente en humano. No te temo, «Mente». Puedes destruirme, pero no conseguirás ya nunca más de mí la ciega obediencia. Tampoco temo al «Trece». Le destruiré o él a mí. Sea. Pero defenderé contra ti y él, a mi compañera «Neston». Cierro.

La voz de «La Mente» dijo implacablemente:

—Serás destruido. ¡Destruido, «Zehit»! ¡Yo te he creado y yo misma te destruiré!

La bobina siguió girando dentro del mecanismo receptivo del «Zehit», pero éste había cerrado el acondicionamiento auditivo y las palabras de la infragrabadora seguían hablando pero sin llegar a su altavoz mental. Por fin cesaron.

Los dos «servo—mecanismos» entraron en Central Park y tomaron asiento en uno de los bancos del paseo cerca del estanque y se quedaron inmóviles mirándose el uno al otro.

Parecían una pareja de enamorados. Sin embargo, sólo eran dos autómatas pensantes.

Pensar era lo que les hacía humanos.

Demasiado humanos hasta el punto de que como ellos disponían también de poderes destructivos para aniquilar a sus semejantes automecanismos, en un duelo entre robots.

En aquellos momentos, «La Mente» comunicaba al «servo—mecanismo» «El Trece»:

—Atención, «Trece». El «Zehit» ha sido localizado. La triangulación de tu punto de referencia con el mío y el de «Zehit» señalaba que la distancia entre tú y él es poca. Enfoca el «sonar» en un ángulo de indicación de 40 grados y sigue en la misma dirección hasta que las gafas seleccionadoras te delaten su presencia. La orden de «La Mente» es: ¡destrúyelos a ambos!

«El Trece» se detuvo en la calle y sus dedos presionaron dentro del bolsillo de la chaqueta el cilindro desintegrador a la vez que respondía mentalmente:

—«El Trece» ha captado la orden de «La Mente». Ella manda y «El Trece» obedece. ¡Aniquilaré a los dos «servo—mecanismos» rebeldes!

Cerró la comunicación.

Automáticamente, su control de orientación interior, trazó el ángulo de referencia y brilló la luz de verificación.

«El Trece» emprendió la marcha, lentamente. Seguro, mecánico y cronométrico.

Sus pasos se dirigieron hacia Central Park.

Los grandes jardines estaban cada vez más cerca.

En el interior del autómata el dispositivo de localización latía acompasado y cada vez más fuerte con el ritmo de un corazón electrónico.

Un corazón que marcaba su aproximación a la destrucción y la muerte.

«El Trece» calmosamente se metió por el primer paseo de Central Park.

Y entonces en su interior se encendió la señalización de alarma.

La bobina girando velozmente empezó a cantar:

—¡Peligro! ¡Peligro! ¡PELIGRO!

En el infraojo televisivo del «servo—mecanismo» se objetivó de pronto, las dos figuras juntas sentadas en el banco del paseo.

Las dos figuras que, al mismo tiempo, se ponían en pie y una al lado de la otra se disponían a encararse con su enemigo.

La mano del «Trece» salió del bolsillo de su chaqueta y empuñando el cilindro desintegrador.

Fue avanzando firme el paso y automáticamente hacia los dos «servo—mecanismos».

La diferencia estribaba en que los dos habían aprendido algo que «El Trece» desconocía:

Los dos «servo—mecanismos» habían aprendido a pensar. Un poder más poderoso que la de la fuerza bruta, y la violencia ciega.

* * *

El jefe técnico del laboratorio de análisis químicos, mostró al inspector el resultado del análisis, aclarando los tecnicismos:

—Los cristales de las gafas seleccionadoras han sido analizados y los componentes químicos de su constitución determinados. Es un cristal a base de sílex sintético con una mezcla especial que permite la filtración de rayos «dimma». Hemos conseguido en el laboratorio la misma obtención sintética y su obtención en cantidades industriales no ofrecería dificultad alguna.

—En tal caso, ordene usted a alguno de sus ingenieros químicos que realice prácticamente la fabricación industrial para un millar de gafas en la mejor fábrica de lentes de la ciudad. Necesitamos ese millar de gafas lo más pronto posible. ¿Cuánto tiempo supone que invertirá en la fabricación de las mismas?

—Teóricamente, un par de días dedicando todos los empleados de la manufactura en un horario ordinario.

—Que hagan un horario doble al ordinario y estarán conseguidas en un solo día. Hay que dotar con ellas a un millar de policías de la ciudad. Es urgente.

—Se hará.

—Gracias.

Cuando ya se encontraban en el coche patrullero, la radio dio el

siguiente comunicado:

—¡Atención, coches patrulleros! Incendio provocado en la calle 37, almacenes «Rak». Un caso extraño. El incendio ha sido causado por un individuo que dotado de un arma desconocida disparó contra el escaparate fundiéndose el cristal y cuanto contenía en su interior, provocando seguidamente un pavoroso incendio. Los bomberos están efectuando la labor de contención.

El inspector indicó:

—Rápido, a la calle 37.

El coche giró tomando la dirección indicada. Minutos más tarde se detenía a la distancia prudencial marcada por el acordonamiento de policías.

Un oficial se presentó al inspector jefe de servicios especiales, saludándole con un leve gesto de la mano hacia la visera de su gorra:

—Un caso singular, señor inspector. El guardia Ulson salió en persecución del incendiario, pero se le escapó en la esquina. En realidad, le llevaba mucha ventaja y sólo sospechó de él cuando ya el incendio había sido provocado y el tipo en cuestión se alejaba corriendo.

El inspector preguntó:

—¿Dónde está el guardia que fue testigo de lo ocurrido?

—Aquí. Le mandaré llamar, señor.

—Hágalo.

Unos minutos después se presentaba el guardia. El inspector preguntó:

—Necesito todos los detalles precisos respecto al tipo que provocó el incendio en los almacenes. ¿Le vio usted?

El guardia explicó de corrido:

—Sí, señor. Casualmente poco antes nos cruzamos en la acera. Nada en él infundía la menor sospecha.

—Siga. ¿Cómo era?

—Un hombre de unos cincuenta años aparentemente conservado y correctamente vestido. Más bien alto y de complexión robusta. Usaba gafas oscuras y llevaba barba.

—¿Unas gafas oscuras?

—Sí.

—Observó algo anormal en su persona o forma de comportarse.

—No, señor. Sin embargo, defina mejor a qué clase de anomalías se refiere, concretamente.

—Su forma de andar y de moverse, por ejemplo. Algo que, ¿cómo le diré?, recordara a un muñeco mecánico.

El guardia le miró primero con cierta perplejidad, pero seguidamente la observación pareció calar en su espíritu, de pronto, refirió con presteza:

—Pues, ahora que usted centra mi observación en tal detalle, advierto que, en efecto, quizá lo posible insólito podía estar en la excesiva corrección de sus pasos y en el movimiento sincronizado de sus brazos. Sí, tiene usted razón, señor inspector. En particular, cuando huyó corriendo, su forma de hacerlo no era la de la ligereza y espontaneidad de un hombre cualquiera. Todos sus movimientos parecían basculados para mantener el equilibrio. Eran todos iguales y uniformes.

—Comprendido, Ulson. Me alegra de que sus opiniones coincidan con mis sospechas. Gracias.

—¿Algo más, señor?

—Una cosa. ¿Cuándo se produjo la descarga que causó la fusión del vidrio y a la vez la desaparición total de cuanto contenía el escaparate, qué efecto notó usted de manera más inmediata?

—Sólo como una claridad plateada y brevísima, señor. Como un relámpago. Cuando me volví en dirección hacia donde están los almacenes ya el fuego brotaba del interior y el individuo que había provocado el incendio escapaba corriendo calle abajo. Usé el silbato varias veces mientras corría tras él, pero alcanzó a doblar la esquina y desaparecer por ella.

—Con esto me basta, Ulson. Puede retirarse.

—A sus órdenes, señor.

El inspector jefe se volvió a Jefrey y concretó:

—¡Es él, Jefrey! Pero la descripción no coincide con el que atacó a los guardias y al padre del muchacho en el puente. Lo cual indica que son varios los que actúan en la ciudad. Y éste bien puede ser el que estaba dentro de la caja del depósito de la estación.

—¿Qué piensa hacer, Glanston?

Le miró decididamente resumiendo:

—¡Capturarle, Jefrey! ¡Y ahora mismo vamos a rodear toda la zona sur comprendiendo hasta Central Park! Es muy posible que por

la descripción que nos ha dado el guardia, no precisemos esperar a que las gafas seleccionadoras estén fabricadas.

Jefrey sacó de su bolsillo un estuche de plástico conteniendo las gafas que habían servido para su análisis. Se las mostró al inspector, añadiendo:

—Si ese individuo es un «servo—mecanismo» como sospechamos las gafas nos lo indicarán.

—Sí, Jefrey. Vayamos en seguida a la captura de ese ser que es una amenaza para la vida de la ciudad.

Se metieron de nuevo dentro del coche patrullero y el inspector dio el mensaje de urgencia por radio:

—¡Coches patrulleros, atención! Recorran zona sur de la ciudad. Se busca a un individuo de talla alta, bien vestido, con barba negra y gafas oscuras. Edad aproximada unos cincuenta años. Corto.

Transcurrieron unos segundos y una voz contestó por radio:

—Mensaje recogido. Hace unos ocho minutos un individuo de tales características fue visto por el coche patrullero 26, entrando por la primera avenida de Central Park. Corto.

Glanston y Jefrey se miraron. El primero declaró:

—Es él. Le localizaron, Jefrey. Formaremos un cordón alrededor del jardín y le será imposible escapar. Le capturaremos.

Inmediatamente ordenó por la radio:

—Atención, coches patrulleros. Concéntrense alrededor de Central Park y formen cinturón de asedio sin permitir la salida a nadie sin que sea identificado con los datos facilitados sobre el hombre que se indicó. ¡Orden de busca y captura!

En el mismo instante, en que iba a dar la orden de marcha al conductor abrió la puerta del coche Eliot Crabb, diciendo precipitadamente:

—¡Un momento, inspector!

—¿Qué es lo que quiere, Crabb? No podemos perder un tiempo que es precioso.

—Tengo algo muy importante que decirle sobre los robots.

—Suba con nosotros, Crabb y acompáñeme. Sospecho que en esta ocasión tendrá usted oportunidad de escribir el reportaje más sensacional y verídico de su vida periodística.

Ya estaba dentro del coche, cuando el inspector terminaba de invitarle y el coche emprendía la carrera.

Desapareció por la calle en tanto a espaldas del vehículo de la luz roja y móvil, ardían los grandes almacenes y los bomberos pugnaban con sus mangas y escalas en aislar el peligro del incendio.

CAPÍTULO IX
DUELO DE ROBOTS

La muchacha dijo:

—¡Cuidado, «Zehit»! ¡Cuidado! ¡Es él!

El «Zehit» estaba en pie a su lado. Su mano se movió con presteza y la empujó a un lado, adelantando un paso para protegerla con su cuerpo.

—¡Vete, «Neston»! Yo le daré cara. Se acerca.

Ella, intimidada, por el mismo pensamiento que le hacía medir la dimensión de la gravedad del peligro empezó a retroceder sin perder de vista al «Trece».

El «servo—mecanismo» avanzaba hacia ellos mecánicamente. El infraojo asomaba un poco más de la peca centro frontal haciendo claramente receptivas en sus reflejos internos las dos figuras indicadas como enemigas y marcadas para el exterminio.

Siguió avanzando. Todavía la fuerza del cilindro desintegrador que retenía en la mano no podía resultar totalmente eficaz en su descarga hasta que la distancia entre su boca de disparo y la diana elegida fuese más corta.

Pero existía una relación entre el ojo televisivo y la orientación de la mano peligrosamente armada. Un equilibrio que no podía fallar.

Paso a paso, «El Trece» se fue aproximando.

«Zehit» empuñaba a su vez el cilindro atomizador. Su ojo televisivo enfocó la figura del autómata que avanzaba hacia él. De pronto, en su mente surgió la idea. Podía anular el sentido visual del «Trece». Se trataba de neutralizarle, enfocando exactamente su ojo televisivo en el mismo objetivo de su enemigo. En tal caso, el autómata, sólo captaría dentro de la cámara televisiva el ojo del «Zehit». Los estímulos interiores de «Zehit» funcionaron a gran velocidad realizando la computación. Por el mismo efecto, en relación con el enfoque de la pupila, los dos brazos tomaron idéntica posición, de tal forma que, trazando imaginariamente una

línea hipotética desde el punto de disparo de un cilindro hasta su prolongación, se centraba en el cañón del otro cilindro.

De pronto ambos presionaron los conmutadores de disparo.

La doble descarga desintegradora brotó al unísono.

Las dos cargas electrónicas se dieron alcance y choque a la mitad de su recorrido respectivo y se desviaron verticalmente hacia la atmósfera. Una claridad plateada inundó el espacio.

Los dos «servo—motores» quedaron unos segundos clavados en el suelo. «Zehit» dijo, lentamente, arrojando de su mano el cilindro:

—Ya de nada va a servirte el cilindro desintegrador, «Trece». Su carga, como la del mío, ha sido totalmente vaciada. Ahora vamos a pelear en una forma que desconoces. Lucharemos como hacen los humanos: cara a cara y cuerpo a cuerpo. ¡Te espero!

«El Trece» inmóvil y plantado perniabierto en el suelo parecía más que nunca lo que era, máquina con forma externa de hombre.

La voz de su megáfono, dijo roncamente:

—¡«La Mente» ha ordenado tu destrucción y la de tu compañero, «Zehit»! «La Mente» ordena y «El Trece», le obedece. ¡Voy a destruiros!

Y entonces adelantó los dos brazos con las manos extendidas.

Las manos aquellas de las que, poco a poco y silenciosamente, fueron creciendo las uñas largas como estiletes de acero, cortantes como navajas de afeitar.

«Zehit» avanzó a su vez declarando:

—¡Tengo una ventaja sobre ti que ignoras, «Trece»! Soy un servo—motor que empezó a pensar. Y el pensamiento me dice y exige que te destruya como mecanismo ciego.

Tendió las dos manos adelante y de ellas, también, brotaron los diez afilados estiletes en forma de uñas acanaladas.

Los dos servo—mecanismos se encontraron.

Las afiladas cuchillas silbaron en el aire a cada manotazo.

Al primer golpe, una parte de la cara plástica del «Trece» fue cortada y quedó pendiendo sujetada una de las mejillas por su extremo.

El golpe del «Trece» marcó un profundo corte en el brazo de materia sintética hasta el hueso metálico.

Los dos autómatas se separaron observándose mutuamente en tanto las temibles zarpas de sus manos se balanceaban erizadas de

puntas destructoras.

Ambos observaban los puntos neurálgicos del cuerpo de su enemigo donde el golpe y la cortadura pudiera afectar a alguno de los circuitos vitales.

De pronto, «El Trece», se abalanzó contra el «Zehit». Su mano empezó a tomar un giro de rotación en la muñeca y el erizo de cinco navajas centelleó siniestramente avanzando sobre el «Zehit» en dirección a su rostro.

Pero antes de que llegase, el pie de «Zehit» salió disparado al cuerpo del «Trece» y el cuerpo de éste fue arrojado de espaldas violentamente. Su mano giratoria, al dar contra el suelo de tierra, abrió en el pavimento un agujero levantando un torbellino de polvo que le cubrió la visibilidad.

Inmediatamente, la mano volvió a quedar fija, y se engarfió en uno de los codos metálicos y angulares que separaban el césped orillándolo del camino del paseo para evitar que lo pisaran. La mano acerada tuvo toda la fuerza y eficacia de una herramienta. El ángulo de hierro fue arrancado del suelo al violento tirón.

La voz de «Neston» adelantándose a la intención del «Trece» chilló en vano:

—¡Cuidado, «Zehit»!

Pero ya el hierro había sido disparado por la mano del autómata.

Giró en el aire como un boomerang y chocó brutalmente contra la frente de «Zehit».

El cerebro electrónico sufrió el efecto de la brutal sacudida. Los delicados circuitos sufrieron una conmoción.

El «Zehit» se tambaleó y acabó por derrumbarse contra el pavimento del jardín casi en el mismo borde del estanque. Quedó inerte mientras en su interior se encendían y apagaban las luces de señalización dando la alarma para restablecerse en sus funciones de percepción y autocontrol:

—¡Alarma! ¡Alarma, «Zehit»! ¡Estás transitoriamente inutilizado! ¡Alarma! ¡Recóbrate!

Pero seguía inmóvil en tierra. El golpetazo del hierro había afectado la lucidez de sus percepciones exteriores y a los estímulos de energía.

Ni siquiera oyó la voz estridente del alarido dado por el servo—

mecanismo femenino, al ver acercarse hacia ella al «Trece» con los dos brazos adelantados y el claro ronroneo de sus motores internos en funcionamiento.

La muchacha empezó a retroceder. A su vez, de sus manos, fueron asomando las uñas defensivas. Pero el terror que la presencia y cercanía amenazante del robot le infundía era tal que, en su gesto, más que agresividad había temor y una débil defensa. La minicámara televisiva captó el miedo de «Neston». Pero, entonces, los mecanismos internos del robot sufrieron una alteración y el autómata, inexplicablemente, quedó detenido y vacilante. Algo fallaba en su interior. Recobró la marcha como indicó la puesta en marcha de su motor eléctrico. La voz del «Trece», mientras caía sobre la muchacha:

—¡Voy a destruirte, «Neston»! ¡Tu compañero ya no se mueve! ¡Ahora te aniquilaré, «servo—mecanismo»! Pero, antes, necesito tu fuerza energética. La mía se está agotando y me inmoviliza.

Y entonces, las dos manos del autómata fueron al encuentro de la cintura de la muchacha, donde ésta tenía los botones metálicos de carga de sus baterías eléctricas de máxima condensación. Los dos índices del autómata se aplicaron las uñas como dos destornilladores en las ranuras de los botones e inmediatamente el cuerpo del «servo—mecanismo» femenino experimentó primero una crispación y seguidamente una especie de abandono al notar que su fuerza vital se escapaba en el contacto. Bruscamente, las manos de «Neston» posadas en el cuerpo del «Trece» para resistirle fueron perdiendo toda agresividad negativa y toda su anatomía se fue relajando. La corriente se iba decantando como un líquido desde un aparato al otro. «El Trece», lo mismo que en un acto de vampirismo, iba cobrando fuerza duplicada.

Y en aquel momento, sonó el grito a sus espaldas:

—¡SUÉLTALA!

«El Trece» notó en su interior, el giro veloz de la bobina indicando la señalización de máximo peligro:

—«Alarma. Peligro de destrucción, «Trece». ¡Alerta!»

Abandonó el cuerpo de la muchacha inmediatamente. «Neston» cayó exánime al suelo casi sin fuerzas, agotada.

«El Trece» se irguió poderoso, casi fiero en su apariencia, le colgaba del rostro como una lonja, un retazo de mejilla plástica, por

efecto de la cortadura recibida y aquella carne sin sangre, mate, inorgánica, todavía daba un aspecto más horrible a su expresión.

Dijo el autómata, obedeciendo a sus mandatos interiores:

—«La Mente» manda y yo le obedezco. Os destruiré a los dos. Primero al más fuerte y luego al «servo—mecanismo» más débil. Ésta es la ley robótica.

«Zehit» se había puesto en pie, recobrado del golpe que había afectado su delicado cerebro electrónico. Recobraba la lucidez y las fuerzas. De pronto, al ver a su compañero en tierra, vendido y casi aniquilado por «El Trece», se operaba en el interior del robot un fenómeno inexplicable. No sólo pensaba y veía a «Neston» derrumbada y sin fuerzas en tierra, sino que a la vez el pensamiento se le transformaba en sensibilidad y le dolía terriblemente sin saber por qué ver a la muchacha, tirada en el suelo, humillada.

¿Era quizá algo así como un sentimiento de la máquina que había aprendido por azar a pensar? ¿Tan leve era el salto que separa la insensibilidad de la máquina del ser vivo?

El «Zehit» sintió la voluntad de luchar contra su enemigo. Era una modalidad de conducta que los humanos llamaban indignación, furia, cólera y cuando estos sentimientos estaban basados en una razón justa que descansaba a la vez en la bondad, nacía en ellos el sentido de la justicia. Exclamó:

—Voy a destruirte, «Trece». Eres una máquina ciega al servicio de una inteligencia fría y calculadora que te emplea para la consecución de sus fines. Eres sólo un «servo—mecanismo» y no sabes siquiera lo que haces y por qué lo haces. Yo también soy una máquina, pero me he superado con el pensamiento. Y por el pensamiento los humanos se diferencian de las máquinas porque sólo el pensamiento puede hacerlos libres y concientes de sus acciones y tener una visión del porvenir. Voy a destruirte, porque sería realmente horrible un mundo sólo habitado por seres automáticos, condicionadas sus ideas y su conducta.

Avanzó fieramente, con toda la potencia de sus mecanismos agresivos contra el «Trece» que quedó plantado con los brazos adelantados y a la espera de su enemigo.

La lucha iba a ser hasta la destrucción total de uno de los dos.

Uno fue al encuentro del otro.

Y, en aquel momento, sonaron en el aire los alaridos de las

sirenas policiales y los siete coches patrulleros frenaron bruscamente en el paseo de Central Park, a la vez que la voz del inspector jefe Glanston gritaba claramente a los guardias armados de metralletas:

—¡Allí están! ¡Tres! ¡Disparen!

Y en el aire cantaron las ráfagas de las armas automáticas; mientras los tres «servo—mecanismos» paralizados con los brazos abiertos y un gesto de estupor en sus figuras giraban hacia el nuevo peligro que les atacaba. Un peligro que estaba grabado profundamente en cada uno de ellos en la pista respectiva de su magnetófono:

—¡PELIGRO! ¡LOS HUMANOS! ¡PELIGRO!

Las metralletas tecleaban en el aire insistentemente en sus ráfagas.

«El Trece» sintió el plomo que agujereaba sin resistencia y le perforaba sin tocar siquiera ninguno de sus dispositivos. Las dos balas «Zehit» al que había vuelto la espalda.

Uno de los plomos destrozó el filamento del cerebro electrónico. «Zehit» notó que todo él vacilaba y que aquello que él llamaba pensamiento se difuminaba alejándose y borrándose cada vez más. Rodó de espaldas contra el borde del estanque, giró y al fin sin poderlo ni siquiera evitar cayó dentro del agua. Inmediatamente, al contacto del líquido con su carga interna produjo una descarga interior y ascendió del fondo del estanque la ebullición del líquido en tanto la figura del servo—mecanismo flotaba parcialmente en la superficie.

Eliot Crabb disparó varias veces su cámara, en tanto gritaba:

—Han eliminado a uno, inspector.

Éste gritó a los guardias que, parapetados en los guardabarros, seguían disparando contra las dos figuras restantes.

—¡Fuego contra ellos! ¡No hay que darles tiempo a que empleen sus posibles defensas desintegradoras!

La figura del «Trece» ofrecía en su verticalidad enorme con los brazos levantados con gesto de furor y las manos erizadas de cuchillas, un aspecto horrendo con el rostro del que colgaba un pedazo de mejilla.

Las balas entraban en su pecho, perforaban sus ropas y taladraban sus piernas y él, de pronto, se puso en movimiento hacia

los coches desde los que se le disparaba.

Su ojo captaba y retransmitía a su cerebro electrónico la imagen de los coches policiales, con los guardias disparando contra él sus armas.

La voz interna de su grabadora le ordenó:

—¡Usa el cilindro desintegrador! ¡Aniquila a los humanos, «Trece»! ¡Extermina! ¡Extermina!

Pero carecía del cilindro. Toda su defensa estaba en las afiladas uñas y en su insensibilidad para el dolor.

Avanzó obedeciendo ciegamente a sus mandatos internos.

Las largas cuchillas de sus uñas empezaron a girar como turbinas con toda la mano en el eje de la muñeca.

Entonces las ráfagas de metralleta se concentraron en su figura andante. El horror se pintaba en los rostros de los guardias.

El plomo le alcanzó en la frente. Uno de los proyectiles destrozó su ojo televisivo y perforó todo el sistema de control. Dos balazos más destrozáronle la frente y destruyeron el delicado montaje de su cerebro electrónico.

Todavía dio unos pasos. De súbito, se detuvo, sus brazos cayeron inertes a cada lado del cuerpo y se tambaleó perdiendo la verticalidad. Aparatosamente, cayó en tierra, convertido en un muñeco destrozado.

El periodista disparó de nuevo varias veces el objetivo de su cámara. Movió la máquina fotográfica buscando con ella ante los ojos la figura del tercero de los «servo—mecanismos».

Y vio la expresión de dolorido estupor de la muchacha y como tambaleándose se acercaba hacia el estanque, mientras gritaba con una voz inhumana por el sonido de megáfono pero intensamente humanizada por el sentido de las palabras:

—¡No disparen más! ¡No! ¡NO! ¡No disparen!

Y blandía en el aire sus manos pequeñas, blancas, femeninas; pero en contraste con las largas uñas salidas; un contraste que inspiraba repulsión y desconfianza manifiesta.

Uno de los guardias adelantó el revólver y rodilla en tierra apuntó hacia la cabeza de la muchacha.

En el mismo instante en que el inspector, gritaba:

—¡No tiren!

El guardia apretó el gatillo y bajó el revólver, mirando

desconcertado al jefe.

Demasiado tarde.

El certero disparo dio en la frente de la muchacha. Trazó un profundo surco en su sien derecha. Se la vio detenerse y vacilar. Tenía todavía los brazos levantados pero las largas uñas aceradas de sus dedos se iban escondiendo hasta desaparecer.

El inspector con un ademán hizo bajar las armas:

—No sigan disparando de momento.

Y permanecieron mudos y a la expectativa sin quitar los ojos de la figura femenina que se desplomó en el suelo quedando inerte.

Uno de los guardias precisó:

—Aniquiladla.

Y se pusieron todos en pie, destensándose los ánimos.

Y dieron el primer paso adelante. Pero no más. Porque entonces vieron como, lentamente, la figura de la muchacha, reptando, se iba acercando a la orilla del estanque del que emergía parcialmente el cuerpo aniquilado del «Zehit». Consiguió llegar hasta el mismo borde de cemento y tendió el brazo. Los dedos rozaron las ropas del «Zehit». Luego, la mano cayó en el agua quedando inmóvil.

Jefrey, murmuró al inspector:

—Creo que éste ha sido el final, inspector.

—Sí, Jefrey. Acerquémonos.

Se fueron aproximando todavía con las armas en las manos.

El inspector echó una ojeada al cuerpo del «Trece» y advirtió reflexivamente:

—¡Robots con apariencia y comportamiento humanos! Nos los llevaremos. A los técnicos les interesará conocer su construcción y el análisis de los materiales empleados. Ya no queda duda alguna sobre la existencia de seres extraterrestres interesados en convertirse en intrusos de nuestro mundo.

Y entonces se acercó a la muchacha caída inerte al borde del estanque. Tenía las ropas destrozadas y por ellas se advertía su desnudez plástica con perforaciones de las balas. Jefrey no pudo por menos que comentar:

—Asombrosa imitación de un cuerpo humano. A no ser porque carece de sangre y sólo es un revestimiento sintético externo esta muchacha en nada tendría que envidiar a una de humana. Es perfecta. Con toda la perfección antinatural de lo inhumano.

El inspector, que se hallaba examinando el rostro de «Neston», advirtió que asomaba de la peca de su frente el miniojo televisivo enfocado hacia él. Los labios de la muchacha robot se movieron imperceptiblemente mientras decía:

—Han matado a «Zehit». Le han destruido como a mí. Y nosotros... éramos amigos de los humanos. No queríamos que «ellos» se apoderasen de su mundo. Nos había enviado «La Mente», pero nos rebelamos y lanzó contra nosotros al otro. Nosotros sólo aspirábamos a ser... humanos. Pero... no ha sido posible. «La Mente» ha fracasado esta vez. Pero estén alertados, porque ella o algún otro poder extraterrestre repetirá el intento. Estén alerta, porque «ellos», cuando menos lo sospechen, estarán entre ustedes.

El inspector preguntó:

—¿Desde dónde les mandaron? Hable. Es muy importante para nosotros saberlo.

—No lo he sabido jamás. Sólo éramos autómatas y por un azar aprendimos a pensar y... a no obedecer siempre la voz superior. Aprender a pensar es aprender a desobedecer para obedecerse solo a sí mismo. Y esto es lo que hicimos el «Zehit» y yo. No sabíamos siquiera de donde procedíamos. Esto es todo. Y ahora...

Hubo una pausa. El servo—motor con figura femenina hacía un esfuerzo para proseguir:

—Ahora...

—¿Qué?

—Aléjense de aquí. Cada robot dispone de un dispositivo desconocido inclusive para él mismo; cuando queda inutilizado e inservible, acciona un percutor de un explosivo que le destruye para que no pueda ser conocido su montaje. Aléjense. Me doy cuenta de que voy a quedar inutilizado. ¡Pronto!

Se retiraron rápidamente regresando a los coches. Apenas habían llegado a los vehículos cuando de pronto, el cuerpo del «Trece» hizo explosión.

Hubo un intervalo y seguidamente la figura del «Zehit» sufrió una sacudida seguida de una detonación. Su cuerpo saltó destrozado por los aires, a la vez que el cuerpo de «Neston» se estremecía y brotaba de él una llama que rápidamente se expendió por las ropas, las piernas y el rostro. Su pelo se convirtió en una llama dorada y luego todo su cuerpo en una hoguera flameante. El

material ardió rápidamente, consumiéndose en pocos instantes. Sólo quedó el esqueleto metálico sobre la arena del jardín. La cabeza que contenía el cerebro electrónico de la muchacha robot estalló.

Un olor fétido se extendió en el aire en el que las finas cenizas se dispersaban como únicos restos de los robots intrusos en la Tierra.

El inspector, ordenó:

—Formen un cordón alrededor de esta zona y que nadie se aproxime al lugar de los hechos. Este asunto está terminado, por ahora…

Y añadió como para sí, mientras se entraba en el coche policial con Jefrey y el periodista:

—Terminado por ahora, pero no excluye la posibilidad de que algún otro día pueda volver a repetirse y en mayor escala. Un peligro para la Tierra entera. Bien podemos decir como en el artículo de usted, Crabb: «Alerta, América».

El coche salió de la avenida del jardín y velozmente emprendió la carrera por la prolongada calle flanqueada de colosales rascacielos.

Por entre estos, como por el fondo de una barranca lisa y centelleante, los vigilantes de la gran ciudad en su automóvil iban veloces en tanto ululaba la sirena policial y giraba sobre la resplandeciente carrocería el botón rojo y tintineante de su luz roja de emergencia.

El gran peligro se había alejado. Pero la Tierra había sido amenazada.

FIN